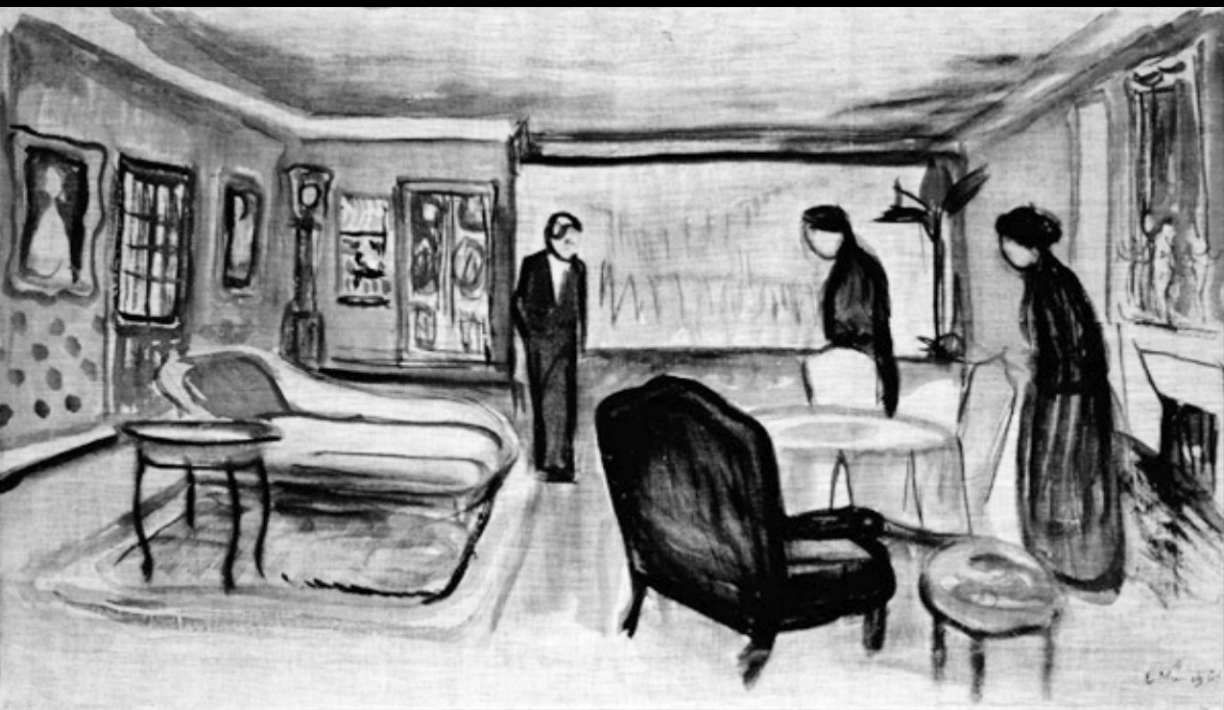


HENRIK IBSEN



ESPECTROS (LOS APARECIDOS)



LOS APARECIDOS

DRAMA EN TRES ACTOS

PERSONAJES

ELENA, viuda del capitán Alving, gentil-
hombre de cámara.
OSWALDO ALVING, su hijo, pintor.

EL PASTOR MANDERS.
ENGSTRAND, carpintero.
REGINA ENGSTRAND, doncella de Elena.

La escena pasa en el campo, en casa de Elena, á orillas de uno de los grandes furdos de la Noruega Septentrional.

ACTO PRIMERO

Una estancia espaciosa con vistas al mar. Puerta á la izquierda. Dos puertas á la derecha. En medio de la estancia un velador rodeado de sillas; sobre el velador libros, revistas y periódicos. En primer término, á la izquierda, una ventana, y delante de ella un sofá y una mesa. En el fondo un invernadero en comunicación con la estancia. A la derecha del invernadero una puerta por donde se baja á la playa. Por entre los cristales del invernadero se divisa el furdo melancólico al través de un velo de lluvia.

(Engstrand se halla en la puerta que da paso á la playa. Tiene la pierna izquierda más corta que la derecha y lleva una suela de madera. Regina, con una regadera vacía en la mano, trata de impedirle que se adelante.)

REGINA. (A media voz.)—¿Qué quieres? A ver si te estás quieto. Vienes chorreando.

ENGSTRAND.—Es lluvia de Dios, hijita.

REGINA.—Querrás decir una lluvia del demonio.

ENGSTRAND.—¡Ave María! ¡Vaya una manera de hablar! (Da algunos pasos cojeando.) Oye: quería decirte...

REGINA.—¡Despacha, hombre, y no hagas tanto ruido con el pié! El señorito está durmiendo aquí arriba, cabalmente encima de nosotros.

ENGSTRAND.—¿Está durmiendo todavía á estas horas? ¿Tan entrado el día?

REGINA.—Eso á ti no te importa.

ENGSTRAND.—La noche de ayer la pasé de gran francachela.

REGINA.—Lo creo sin trabajo.

ENGSTRAND.—¿Qué quieres, hija? Somos hombres, somos débiles...

REGINA.—Sí, no es malo el sastre...

ENGSTRAND.—...Y en este bajo mundo menudean las tentaciones. Pero Dios me es testigo de que esta mañana á las cinco y media estaba en el trabajo.

REGINA.—Bien, hombre, bien. Ahora ¿no podrías marcharte? No quiero que me vean aquí de *rendez-vous* contigo.

ENGSTRAND.—¿Cómo has dicho? ¿Que no quieres qué? No he comprendido bien.

REGINA.—Que no quiero que te vean aquí. ¡Ea! Te vas por donde has venido.

ENGSTRAND. (*Dando algunos pasos hacia ella.*)—Eso no, no me voy hasta haberte hablado. Esta tarde termino mi tarea en la escuela que se acaba de construir, y por la noche tomaré el vapor para volverme á la ciudad.

REGINA. (*Entre dientes.*)—Buen viaje.

ENGSTRAND.—Gracias por la intención, hija. Mañana se inaugura el asilo, y habrá comilonas rociadas con bebidas fuertes. Pues bueno: nadie ha de decir que Jacobo Engstrand no puede resistir á la tentación cuando se presenta.

REGINA.—¡Lo que es eso!...

ENGSTRAND.—Sí, mañana se reunirán aquí tantos señorones... Estará el pastor Manders, ¿verdad?

REGINA.—Hoy viene.

ENGSTRAND.—¿Lo ves? Y maldito si quiero yo que tenga nada que decir de mí...

REGINA.—¡Ah! ¡Ya estoy al cabo! ¡Ya, ya!

ENGSTRAND.—¿Qué?

REGINA. (*Mirándolo de hito en hito.*)—¿Qué nuevo embuste piensas hacer tragar al pastor Manders?

ENGSTRAND.—¡Cht! ¿Estás loca? ¡Hacer tragar embustes yo al pastor Manders!... ¡Válgate Dios! El pastor Manders ha sido muy bueno para mí. Pero nos apartamos de lo que quería decirte. Quedamos en que esta tarde me vuelvo á casa.

REGINA.—¡Tanto mejor! Cuanto antes...

ENGSTRAND.—Sí, pero es que quiero llevarte conmigo, Regina.

REGINA. (*Mirándolo atónita un momento.*)—¿Llevarme tú á mí? ¿Qué estás diciendo?

ENGSTRAND.—Digo que quiero tener-te á mi lado, en casa.

REGINA. (*Con sorna.*)—¡Nunca, jamás!

ENGSTRAND.—¡Ah! ¡Lo veremos!

REGINA.—¡Vaya si lo veremos! Puedes estar seguro. ¿Yo, educada en casa de la viuda de un gentilhombre? ¿Yo, tratada aquí casi como una hija,irme á vivir contigo? ¿A una casa como la tuya? ¡Quita, hombre, quita!

ENGSTRAND.—¡Eh! ¿Cómo se entiende? ¿Vas á rebelarte ahora contra tu padre?

REGINA. (*A media voz, sin mirarlo.*)—Has dicho muchas veces que yo no era nada tuyo.

ENGSTRAND.—¡Bah! No hagas caso de eso...

REGINA.—¿Cuántas veces no me has dicho que era una...? ¡Quita allá, quita!

ENGSTRAND.—¡No, no, por Dios! Yo no he usado una palabra tan fea.

REGINA.—¡Oh! Me acuerdo muy bien de las palabras que empleabas.

ENGSTRAND.—Era sólo cuando estaba bebido, Regina. ¡Hay tantas tentaciones en el mundo!...

REGINA.—¡Uf!

ENGSTRAND.—Y además era también porque tu madre tenía muchos humos. Yo necesitaba inventar algo para dominearla, hija. Siempre se hacía la remilgada. (*Imitándola.*) «¡Por favor, Engstrand! ¿quieres dejarme? ¡Yo he servido tres años en casa del Sr. Alving, de un gentilhombre!» (*Sonriendo.*) ¡Vaya por Dios! No podía olvidar que el capitán había llegado á ser gentilhombre, cuando ella estaba en su casa.

REGINA.—¡Pobre madre! ¡No te ha dado mucho que hacer! ¡En cambio tú á ella!...

ENGSTRAND. (*Con un movimiento que le hace cojear.*)—Claro; la culpa de todo es mía.

REGINA. (*Apartándose y á media voz.*)—¡Uf! ¡Y encima esa pierna!

ENGSTRAND.—¿Decías...?

REGINA.—*Pied de mouton.*

ENGSTRAND.—¿Es inglés eso?

REGINA.—Sí.

ENGSTRAND.—Ya, ya veo que te has hecho muy instruída aquí. Estoy pensando que eso podría venir de molde, Regina.

REGINA. (*Después de un momento de silencio.*)—¿Y qué es lo que quieres que vaya yo á hacer á la ciudad?

ENGSTRAND.—Eso no se pregunta.

¿Qué ha de querer un padre de su única hija? ¿No soy viudo? ¿No estoy solo y abandonado?

REGINA.—Déjate de plamplinas. ¿A qué he de ir contigo?

ENGSTRAND.—Bien, pues te lo voy á decir: se me ha ocurrido una idea, una cosa nueva, que quisiera emprender.

REGINA.—No será la primera, y jamás has hecho nada.

ENGSTRAND.—¡Esta vez ya verás, Regina! ¡Lléveme el diablo...!

REGINA. (*Dando con el pie.*)—¡Cht, cht.

ENGSTRAND. (*Con viveza.*)—Tienes razón. No quería decirte más que una cosa: he ahorrado algún dinero desde que trabajo en ese nuevo asilo.

REGINA.—¿De veras? Pues mejor para ti.

ENGSTRAND.—¿Qué había yo de hacer de mi dinero aquí, en la aldea?

REGINA.—Vamos, sigue.

ENGSTRAND.—Pues verás: he pensado colocar ese dinero de modo que me dé alguna cosilla. Habría que emprender algo, como, supongamos, una especie de posada para los marinos.

REGINA.—¡Puf!

ENGSTRAND.—Yo me entiendo: se trata de una posada decente, no de una pocilga para los marineros, ¡no, por Cristo! Sería para los capitanes de navío, para los pilotos, para todo lo mejorcito, mujer.

REGINA.—¿Y yo tendría que...?

ENGSTRAND.—Tú tendrías que ayudarme, claro; pero por aquello del buen parecer, ya me entiendes. ¡Ah, no, hi-

¡ja! nada de faenas ordinarias. ¡Pues no faltaba más! Tú no harás más que lo que quieras.

REGINA.—¡Ah! ¿sí? Muy bien.

ENGSTRAND.—Ya comprendes que en la casa hace falta una mujer: eso es claro como la luz. Por la noche habría que divertirse un ratito; tendríamos nuestro poquito de canto, de baile y todo lo demás que es natural. Hazte cargo: gente de mar engolfada en el océano del mundo. (*Acercándose á ella.*) Vamos, Regina, no seas tonta, no te perjudiques á ti misma. ¿De que te va á servir que la señora haya hecho gastos para instruirte? He oído decir que vas á cuidar de los niños en el nuevo asilo. Y pregunto yo: ¿es ese un trabajo bueno para ti? ¿Tienes tantas ganas de perder la salud por esos asquerosos de chiquillos?

REGINA.—No, y si todo saliese á medida de mi deseo, ya sé yo... sí, bien puede suceder.

ENGSTRAND.—¿Qué es lo que puede suceder?

REGINA.—Eso no te interesa á ti. ¿Es una cantidad crecida la que has economizado?

ENGSTRAND.—Podrá haber entre todo unas setecientas ú ochocientas coronas.

REGINA.—No es tan poco.

ENGSTRAND.—Siempre será lo bastante para empezar, hija.

REGINA.—¿No piensas darme algo de ese dinero?

ENGSTRAND.—¡No, por Dios! ¡no pienso en tal cosa!

REGINA.—¿Ni para un corte de vestido? ¿Ni siquiera eso?

ENGSTRAND.—Sígueme, y tendrás todos los vestidos que quieras.

REGINA.—¡Hemos concluido! Yo sabré arreglármelas sola, cuando se me antoje.

ENGSTRAND.—Regina, siempre te guiará mejor la mano paternal. A estas horas yo puedo tener una casa muy regularcita en la calle del Puerto. No se necesita una gran cantidad para comprarla, y allí se podría hacer una especie de albergue para los marinos.

REGINA.—¡Pero yo no quiero seguirte! No hay nada de común entre nosotros. Anda, vete.

ENGSTRAND.—No estarías mucho tiempo conmigo. No, caramba: no tendría yo esa suerte. De fijo que harías tu agosto. Una muchacha guapa como tú, porque te has puesto guapa estos últimos años...

REGINA.—Bien, ¿y qué?

ENGSTRAND.—Que no se pasaría mucho sin que se viese llegar un piloto y quién sabe si un capitán...

REGINA.—No quiero tomar marido entre hombres de esa especie. Los marinos no tienen *savoir-vivre*.

ENGSTRAND.—¿El qué no tienen los marinos?

REGINA.—Te digo que los conozco. No son hombres para casarse con ellos.

ENGSTRAND.—Nadie te obliga á casarte. Se puede sacar partido de otro modo. (*Confidencialmente.*) ¿Tú conoces al inglés—el inglés del yate?—Pues bien: ese dió trescientos escudos, y á buen seguro que ella no era tan guapa como tú.

REGINA. (*Adelantándose hacia él.*)— ¡Sal de aquí!

ENGSTRAND. (*Retrocediendo.*)— ¡Eh, eh! supongo que no vas á andar á trastazos.

REGINA.—Te equivocas: si hablas de madre, andaré á trastazos. (*Le empuja hacia la puerta que lleva á la playa.*) Y no des golpes á las puertas, porque el señorito...

ENGSTRAND.—¡Bah! Está durmiendo. Es chocante lo que te ocupas del señorito. (*Bajando la voz.*) ¡Dios de Dios! ¿No iremos á salir ahora con que...?

REGINA.—Ya te estás yendo más de prisa que á paso. ¡Tú has perdido el juicio! No, por ese camino no. Ahí viene el pastor Manders. ¡Vamos! lárgate por la escalera de la cocina.

ENGSTRAND. (*Pasando á la derecha.*)— Está bien, está bien; ya me voy. Pero no dejes de hablar unas palabritas con el que viene ahí. Es hombre que puede decirte lo que los hijos deben á los padres, porque, quieras que no, yo soy tu padre; puedo probarlo por los registros de la parroquia.

(*Sale por la otra puerta, que Regina ha abierto y que vuelve á cerrar.*— Regina dirige una ojeada al espejo; se hace aire con el delantal; se compone la cinta de la gorguera, y empieza á arreglar las flores. Entra el pastor Manders por el invernadero, con abrigo, paraguas y un saquito de viaje terciado.)

EL PASTOR MANDERS.—Buenos días, Regina.

REGINA. (*Volviéndose con expresión de alegre sorpresa.*)— ¡Calle! Muy buenos días, señor pastor. ¿Llegó el vapor ya?

EL PASTOR.—Acaba de abordar. (*Se adelanta á la escena.*) Esta lluvia que no lo deja desde hace días es de lo más molesto.

REGINA. (*Andando detrás de él.*)— Para las gentes del campo es un tiempo bendito, señor pastor.

EL PASTOR.—Cierto. Casi nunca pensamos en eso los que vivimos en las ciudades. (*Se quita lentamente el abrigo.*)

REGINA.—¿Me permite V. que le ayude?— ¡Así!— ¡Dios mío, qué mojado! Espere V., voy á colgarlo en el recibimiento. Y ahora el paraguas, voy á abrirlo para que escurra.

(*Sale con ambas cosas por la puerta de la derecha. El pastor se quita la bolsa de viaje y la deja en una silla con el sombrero. En el interin entra Regina.*)

EL PASTOR.—¡Ah! ¡Qué agradable es estar bajo techado! ¡Vamos á ver! ¿Aquí marcha bien todo?

REGINA.—Sí, señor; gracias.

EL PASTOR.—¿Pero supongo que andarán Vds. muy revueltos con la ceremonia de mañana?

REGINA.—¡Y tanto! Que hacer no falta.

EL PASTOR.—¿La señora estará en casa, verdad?

REGINA.—Sí, pero anda por arriba, preparando el chocolate para el señorito.

EL PASTOR.—¡Ah, sí! Me han dicho en el desembarcadero que Oswaldo estaba de vuelta.

REGINA.—Vino antes de ayer. Nosotras no lo esperábamos hasta hoy.

EL PASTOR.—¿Supongo que estará tan bueno y tan listo?

REGINA.—Está bien, gracias. Pero se encuentra horriblemente fatigado del viaje. Ha venido de un tirón desde París; quiero decir que ha hecho todo el trayecto en el mismo tren. Ahora creo que dormita; si á V. le parece, hablaremos un poquito más bajo.

EL PASTOR.—¡Cht! No hagamos ruido.

REGINA. (*Acercando un sillón á la mesa.*)—Pero siéntese, señor pastor, y acomódese á su gusto. (El pastor *se sienta*; Regina *le acerca un taburete á los pies.*) Así. ¿Está bien el señor pastor?

EL PASTOR.—Gracias, gracias; estoy muy bien. (*Mirándola.*) ¿Sabe V., Regina, que se me figura que ha crecido desde la última vez que la vi?

REGINA.—¿Le parece al señor pastor? También la señora cree que me he desarrollado.

EL PASTOR.—¿Desarrollado? ¡hum! puede. Un poquitín. (*Pausa.*)

REGINA.—¿Querrá V. que avise á la señora?

EL PASTOR.—No hay prisa, querida; gracias. Pero dígame la buena Regina: ¿en que relaciones se halla V. ahora con su padre?

REGINA.—No vamos muy mal, señor pastor.

EL PASTOR.—La última vez que fué á la ciudad estuvo en casa.

REGINA.—¿Sí? Se pone tan contento siempre que puede hablar con el señor pastor.

EL PASTOR.—¿Y va V. á verlo con frecuencia?

REGINA.—¿Yo? Es claro; en cuanto

dispongo de tiempo libre, voy á verlo.

EL PASTOR.—Su padre de V. no es un hombre fuerte. Necesita una mano que lo guíe.

REGINA.—Sí, es muy posible.

EL PASTOR.—Necesita tener á su lado una persona que lo quiera y en cuyo juicio pueda confiar. Me lo ha confesado sinceramente la última vez que estuvo á visitarme.

REGINA.—Sí, también á mí me ha dicho algo. Pero no sé si la señora querría dejarme marchar, sobre todo ahora que tenemos que dirigir el nuevo asilo. Y á mí misma me costaría mucho separarme de la señora, que ha sido tan buena para mí.

EL PASTOR.—¡Pero el deber filial, hija mía!... Por supuesto, no hay que decir que ante todo sería preciso obtener el consentimiento de su señora.

REGINA.—Luego, no sé si es conveniente á mi edad encargarme de la casa de un hombre solo.

EL PASTOR.—¿Qué dice V.! ¡Pero, amiga mía, si se trata de su padre!

REGINA.—Sin embargo... ¡Ah! Si fuese en una buena casa y para servir á un señor respetable...

EL PASTOR.—¡Pero, querida Regina!

REGINA.—Un hombre que pudiese inspirarme veneración, que comprendiese yo que era superior á mí, y que me consideraba como una especie de hija.

EL PASTOR.—Sí, pero, mi querida y buena Regina...

REGINA.—¡Ah, si yo pudiese esperar eso, no me negaría á ir á la ciudad! Aquí se vive en un completo aislamien-

to, y bien sabe el señor pastor por sí mismo lo que es estar una persona sola en este mundo. Además, no tengo inconveniente en decir que yo soy trabajadora y pongo mis cinco sentidos en lo que hago. Señor pastor, ¿no sabría V. de un acomodo así?

EL PASTOR.—¿Yo? no, ni por asomo.

REGINA.—Pero, mi buen señor pastor, si por acaso supiese V. de alguna cosa, acuérdesese de mí.

EL PASTOR. (*Levantándose.*)—De seguro, no dejaría de acordarme.

REGINA.—Sí, porque si...

EL PASTOR.—¿Quiere V. tener la bondad de avisar á la señora?

REGINA.—En seguida vendrá, señor pastor.

(*Vase por la izquierda.*)

EL PASTOR. (*Se pasea por la pieza; luego se dirige al foro, con las manos detrás de la espalda, y mira hacia el mar. Después vuelve al velador, coge un libro y examina el título. Movimiento de retiro.* *Mira otros.*)—¡Ah, ah!

Entra Elena por la puerta de la izquierda, seguida de Regina. (Vase esta última por la primera puerta de la derecha.)

ELENA. (*Alargando la mano al pastor.*)—Bien venido, señor pastor.

EL PASTOR.—Buenos días, señora. Aquí me tiene, como había prometido.

ELENA.—Siempre como un reloj.

EL PASTOR.—Puede V. creer que mi trabajo me ha costado escaparme. Todas estas comisiones y direcciones de que formo parte...

ELENA.—Razón de más para agradecerle que haya venido tan temprano. Así podremos arreglar nuestros asuntos antes de sentarnos á la mesa. Pero, ¿y su maleta de V.?

EL PASTOR. (*Con precipitación.*)—Mi equipaje está en la tienda. Paso allí la noche.

ELENA. (*Reprimiendo una sonrisa.*)—Por lo visto, ¿no quiere V. acostumbrarse á pasar la noche en mi casa?

EL PASTOR.—No, no, señora; se lo agradezco á V. mucho, pero prefiero quedarme allá, según mi costumbre. Es más cómodo para volver á tomar el vapor.

ELENA.—En fin, como V. quiera. Pero me parece que dos viejos como nosotros...

EL PASTOR.—¡Por Dios! ¡cómo puede V. hablar así! Bien es cierto que hoy todo lo verá V. alegre. En primer término, la fiesta de mañana; en segundo término, la vuelta de Oswaldo.

ELENA.—Sí, ¡calcule V. si será alegría para mí! Hacía más de dos años que estaba ausente. Y ha prometido pasar todo el invierno conmigo.

EL PASTOR.—¿De veras? Pues eso es meritorio y verdaderamente filial, porque me figuro que debe ser muy tentador vivir en París ó en Roma.

ELENA.—Sí, pero aquí—ya ve V.—tiene á su madre. ¡Querido hijo! Bien se puede decir que su corazón pertenece por entero á su madre.

EL PASTOR.—También sería triste cosa que la separación y sus ocupaciones de artista hubiesen de relajar lazos tan naturales.

ELENA.—¡Ah! tiene V. razón. Pero con él no hay ese peligro. Tengo curiosidad de ver si V. lo reconoce. Dentro de poco bajará; ahora está descansando en el sofá un poco.—Pero siéntese V., querido pastor.

EL PASTOR.—Gracias. ¿No estorbo?

ELENA.—Al contrario.

(*Se sienta junto al velador.*)

EL PASTOR.—Corriente. Pues voy á exponer á V... (*Toma la bolsa de viaje de la silla en que la puso, se sienta en el lado opuesto del velador, y busca un sitio á propósito para extender los papeles.*) En primer lugar, esto... (*Deteniéndose.*) Dígame V.: ¿de dónde vienen estos libros?

ELENA.—¿Estos libros? Son libros que leo yo.

EL PASTOR.—¿V. lee obras de esta especie?

ELENA.—Sí tal.

EL PASTOR.—¿Cree V. que esto le haga algún bien ó le proporcione algún placer?

ELENA.—Me parece que contribuye hasta cierto punto á darme mayor confianza en mí misma.

EL PASTOR.—Es singular. ¿Y eso cómo?

ELENA.—Le diré á V.: encuentro aquí como una explicación, una confirmación de muchas cosas que suelo pensar y rumiar en mis adentros. Porque, vea V., lo asombroso es que en rigor no se tropieza nada absolutamente nuevo en estos libros; no hay en ellos más que lo que piensan y creen la mayoría de los hombres. La única

diferencia es que la mayoría de los hombres no se dan cuenta de esas cosas ó no quieren cavilar sobre ellas.

EL PASTOR.—¡Ah! ¿De modo que V. cree seriamente que la mayoría de los hombres...?

ELENA.—Sí que lo creo.

EL PASTOR.—¿Pero no en nuestro país, no entre nosotros?

ELENA.—¡Ay! Aquí como en todas partes.

EL PASTOR.—¡Ah, si se puede decir...!

ELENA.—Pero, en resolución, ¿qué tiene V. que decir de estos libros?

EL PASTOR.—No digo nada. ¿No irá V. á creer que yo me ocupo en examinar tales obras?

ELENA.—Eso significa que no conoce V. lo que condena.

EL PASTOR.—He leído bastante de lo que se ha dicho de esos libros para censurarlos.

ELENA.—Bien, pero su opinión de V...

EL PASTOR.—Querida señora, hay ocasiones en esta vida en que uno debe remitirse al juicio de los demás. ¡Qué quiere V.! es un hecho y es un bien. ¿Qué sería de la sociedad, si fuese de otro modo?

ELENA.—¡Cierto! Puede que tenga V. razón.

EL PASTOR.—No niego, por de contado, que puedan tener algún atractivo esas obras. Y tampoco puedo censurar á V. porque quiera conocer las corrientes intelectuales que, según se dice, existen en esa sociedad... por donde ha dejado V. vagar á su hijo tanto tiempo. Pero...

ELENA.—¿Pero...?

EL PASTOR. (*Bajando la voz.*) — Pero no conviene hablar de ello, señora. No hay que dar cuenta á todos de lo que uno lee y piensa entre sus cuatro paredes.

ELENA.—No por cierto; soy de su mismo parecer.

EL PASTOR. — Bueno es que V. se acuerde de las obligaciones que le impone ese asilo que decidió V. erigir en una época en que sus ideas sobre el mundo moral diferían notablemente de las que profesa hoy... hasta donde yo puedo juzgar, por lo menos.

ELENA.—Sí, sí, conformes. Pero el asilo es cabalmente...

EL PASTOR. — Justo, es de lo que teníamos que hablar. Con que... ¡prudencia, querida señora! Y ahora, pasemos al asunto. (*Abre una carpeta y saca papeles.*) ¿Ve V. esto?

ELENA.—¿Son los documentos?

EL PASTOR. — Completos y en regla. Ya puede V. figurarse que no habrá sido fácil obtenerlos. He tenido que usar de toda mi influencia, porque las autoridades, cuando se trata de tomar decisiones, bien puede decirse que son cruelmente concienzudas. Pero, en fin, aquí los tiene V. (*Hojea el legajo.*) Este es un inventario de la hacienda de Solvik, que forma parte del dominio de Rosenvald, con indicación de los edificios recién construidos—escuela, habitación de los maestros y capilla.—Y aquí está la ratificación del legado y la aprobación de los estatutos. ¿Quiere V. enterarse? (*Lee.*) Estatutos del asilo. «A la memoria del capitán Alving.»

ELENA. (*Con la mirada fija en los papeles durante un rato.*)—¡He aquí, pues!

EL PASTOR.—He elegido el título de capitán mejor que el de gentilhombre, porque es menos pretencioso.

ELENA.—Sí, sí, como á V. le parezca.

EL PASTOR.—Y aquí tiene V. la libreta de la Caja de Ahorros, con el capital y los intereses, todo destinado á cubrir los gastos de construcción.

ELENA.—Gracias; pero hágame V. el favor de guardarlos para mayor comodidad.

EL PASTOR.—Con mucho gusto. Por el pronto, opino que dejemos el dinero en la Caja de Ahorros. El interés de la renta no es muy tentador: cuatro por ciento á seis meses. Dicho se está que, si más tarde supiésemos de una colocación más ventajosa—debería ser, por supuesto, una primera hipoteca ó una inscripción perfectamente segura,—podríamos volver á hablar del asunto.

ELENA.—Sí, sí, mi querido pastor, V. entiende más que yo de esas cosas.

EL PASTOR.—En todo caso, estaré á la mira. Pero hay un punto sobre el cual he querido preguntar á V. varias veces.

ELENA.—¿Y es?

EL PASTOR.—¿Se asegura ó no se asegura el asilo?

ELENA.—Naturalmente, sí.

EL PASTOR.—Aguarde V. un poco. Miremos de cerca la cuestión.

ELENA.—En mi casa está asegurado todo: edificios, cosecha, ganado y mobiliario.

EL PASTOR.—Y se comprende: se tra-

ta de la hacienda propia. Yo hago lo mismo, por mi parte. Pero aquí ya comprende V. que se trata de una cosa muy distinta. El asilo debe recibir en cierto modo una consagración para un objeto de orden superior.

ELENA.—Sí, pero eso no quita...

EL PASTOR.—Por mi cuenta, no veo ningún inconveniente en precavernos contra todas las eventualidades.

ELENA.—Es claro.

EL PASTOR.—Pero dígame V.: ¿en qué disposiciones está la comarca? ¿Qué piensan los habitantes? V. lo sabe mejor que yo.

ELENA.—¡Hum! las disposiciones...

EL PASTOR.—¿Hay aquí un número importante de opiniones autorizadas—verdaderamente autorizadas—que pudieran llevar á mal nuestra decisión?...

ELENA.—¿Qué entiende V. por opiniones autorizadas?

EL PASTOR.—Me refiero á personas que ocupen una posición bastante independiente é influyente para que no se pueda desdeñar su manera de ver.

ELENA.—Si se trata de esas, hay cierto número que acaso se escandalizarían si...

EL PASTOR.—¡Ve V.! Entre nosotros, en la ciudad, abundan. Piense V. en las ovejas de todos mis colegas. Muchos se inclinarán á creer que ni V. ni yo tenemos confianza en los decretos de la Providencia.

ELENA.—Pero, por lo que hace á V., querido pastor, bien sabe V. mismo...

EL PASTOR.—Sí, ya sé, ya sé; yo tengo mi alma en mi armario, no hay que decir. Pero no podríamos evitar

comentarios malévolos y desfavorables. Y esos comentarios podrían acabar por entorpecer la obra misma.

ELENA.—De ser así, es verdad.

EL PASTOR.—Yo tampoco puedo perder de vista completamente la situación equívoca—me atreveré á decir difícil—en que podría encontrarme. Los círculos influyentes de la ciudad se ocupan mucho de esta fundación. El asilo ¿no se erige en parte en beneficio de la ciudad? Hay que prometerse que aliviará en grande escala las cargas de la beneficencia pública. Pues bien: habiendo sido su consejero de V. el encargado de toda la parte administrativa de la fundación, temo, lo confieso, ser el primer blanco de las envidias.

ELENA.—En efecto: no debe V. exponerse á ellas.

EL PASTOR.—Sin hablar de los ataques que de fijo dirigirán contra mí ciertos periódicos que...

ELENA.—Basta, mi querido pastor. Suprimera consideración es suficiente.

EL PASTOR.—¿Opina V., pues, que debemos pasarnos sin seguro?

ELENA.—Sí, nos pasaremos sin él.

EL PASTOR. (*Recostándose en su sillón.*) —Pero, suponiendo que ocurra un accidente—no se puede saber nunca—¿se encargaría V. de reparar el desastre?

ELENA.—No; se lo digo á V. claramente; no lo haría.

EL PASTOR.—En ese caso, ¿sabe V., señora..., que asumimos una responsabilidad muy grave?

ELENA.—¿Podemos hacer otra cosa?

EL PASTOR.—No, y en eso estriba precisamente la dificultad. En rigor nos es imposible eludirla; pero no podemos exponernos á juicios desfavorables, y no tenemos derecho para escandalizar á la opinión.

ELENA.—V., sacerdote, no seguramente.

EL PASTOR.—Por otra parte, yo creo que en una fundación de esta índole hay que contar con una buena estrella, y aún diré más, con la protección especial de lo alto.

ELENA.—Hay que esperarlo, mi querido pastor.

EL PASTOR.—¿De modo que V. cree que debemos dejar las cosas como están?

ELENA.—Evidentemente.

EL PASTOR.—Se hará lo que á V. le parece. (*Escribiendo.*) Decimos, pues: sin asegurar.

ELENA.—Lo que me asombra es que haya esperado V. hasta hoy para hablarme de eso.

EL PASTOR.—He pensado preguntar á V. muchas veces.

ELENA.—Es que ayer estuvimos á punto de tener fuego allá abajo.

EL PASTOR.—¿Qué me dice V.?

ELENA.—Afortunadamente fué cosa sin importancia: unas virutas que arrieron en la carpintería.

EL PASTOR.—¿Dónde trabaja Engstrand?

ELENA.—Sí, según se dice, tiene tan poco cuidado á veces con las cerillas...

EL PASTOR.—¿Tiene tantas cosas en la cabeza ese hombre! ¡Ha sido tan probado! A Dios gracias, me dicen que

ahora se esfuerza por llevar una vida intachable.

ELENA.—¿Sí? ¿Y quién le ha dicho á V. eso?

EL PASTOR.—Me lo ha asegurado él mismo. Lo que es positivo es que es un buen obrero.

ELENA.—Sí, cuando no bebe.

EL PASTOR.—¡Ah, esa pícara debilidad! Pero, según él, casi siempre es por culpa de la pierna mala. La última vez que lo ví en la ciudad me impresionó. Fué á visitarme y á darme las gracias calurosamente por haberle procurado trabajo aquí donde puede ver á Regina.

ELENA.—Pues no la ve mucho.

EL PASTOR.—Se equivoca V.; le habla todos los días. El mismo me lo ha asegurado.

ELENA.—Es posible.

EL PASTOR.—¿Comprende tan bien la falta que le hace alguien que pueda contenerlo cuando llega la tentación! Lo que más interesa en Jacobo Engstrand es que acude á V. en sus momentos de flaqueza para confesarla y acusarse á sí mismo. La última vez que estuvo á verme... oiga V. esto... me confesó que sería una felicidad para él tener á Regina á su lado...

ELENA. (*Levantándose precipitadamente.*)—¡A Regina!

EL PASTOR.—V. no debería oponerse.

ELENA.—Al contrario: me opondría. Sobre que, además, Regina hace falta en el asilo.

EL PASTOR.—¿Pero no olvide V. que Engstrand es su padre!

ELENA.—¿Un padre como ese...! Lo

conozco mejor que nadie. ¡No! ¡Jamás irá Regina á su lado con mi consentimiento!

EL PASTOR. (*Levantándose.*)—No lo tome V. tan á pecho, señora. Le aseguro á V. que me causa pena verla prevenida contra Engstrand hasta ese punto. No parece sino que teme V....

ELENA. (*Más tranquila.*)—Poco importa. Yo he recogido á Regina en mi casa, y en mi casa debe quedar. (*Escucha.*) ¡Cht! mi querido pastor, ni una palabra de todo esto. (*Se anima su semblante.*) ¿Oye V.? Es Oswaldo. No pensemos más que en él.

(*Entra por la puerta de la izquierda Oswaldo Alving, con abrigo, un sombrero en la mano y fumando en una pipa grande de espuma de mar.*)

OSWALDO. (*Parándose en la puerta.*)—¡Oh! mil perdones. Creía á todo el mundo en el despacho. (*Acercándose.*) Buenos días, señor pastor.

EL PASTOR. (*Contemplándolo con asombro.*) ¡Oh! ¡Es asombroso!

ELENA.—¿Qué dice á esto el Señor pastor?

EL PASTOR.—Digo... digo... ¡No! Pero ¿es de veras?

ELENA.—Sí, es realmente el hijo pródigo.

EL PASTOR.—Pero, querido mío, amigo...

OSWALDO.—El hijo recobrado, si le parece á V. mejor.

ELENA.—Oswaldo se acuerda de cuando V. se oponía tanto á que fuese pintor.

EL PASTOR.—Hay tantas decisiones,

temerarias á los ojos humanos, y que después... (*Tendiéndole la mano.*) En fin, bien venido. Crea V., mi querido Oswaldo... ¿puedo llamar á V. así familiarmente, verdad?

OSWALDO.—¿Cómo quería V. llamarme?

EL PASTOR.—¡Bien! Pues iba á decir, mi querido Oswaldo, que no vaya V. á figurarse que yo condeno de una manera absoluta la profesión de artista. Reconozco que en esa profesión, como en todas, hay muchos cuya alma puede librarse de la corrupción.

OSWALDO.—Es de suponer.

ELENA. (*Radiante de alegría.*)—Uno conozco yo que se ha librado en cuerpo y alma. Pastor, mírelo V.

OSWALDO. (*Adelantándose.*)—Bueno, bueno, querida madre, dejemos eso.

EL PASTOR.—Vamos, no hay que negarlo efectivamente. Y además empieza V. á crearse un nombre. Los periódicos han hablado de V. muchas veces con los mayores elogios... Y eso que en estos últimos tiempos ha habido un poco de silencio.

OSWALDO.—(*Se ha acercado á las flores.*)—Desde hace algún tiempo no he podido trabajar con regularidad.

ELENA.—Un pintor tiene derecho al descanso, como cualquiera.

EL PASTOR.—Ya lo creo. Así se prepara uno, recoge sus fuerzas para alguna gran obra.

OSWALDO.—Sí... Madre, ¿comeremos pronto?

ELENA.—Dentro de media horita. A Dios gracias, no le falta apetito.

EL PASTOR.—Ni la afición al tabaco.

OSWALDO.—Encontré arriba la pipa de mi padre, y...

EL PASTOR.—¡Ah, ya caigo!

ELENA.—¿Qué quiere V. decir?

EL PASTOR.—Cuando vi á Oswaldo en el umbral, con la pipa en la boca, creí ver resucitado á su padre.

OSWALDO.—¿De veras?

ELENA.—¡Ah! ¿Cómo dice V. eso? Oswaldo no se parece más que á mí.

EL PASTOR.—Sí, pero en los extremos de la boca, en los labios, hay un no sé qué, que ya había notado yo en las facciones de Alving...

ELENA.—Ni por asomo. A mi juicio, lo que tiene más bien la boca de Oswaldo es algo de sacerdotal.

EL PASTOR.—Sí, sí, es muy cierto; hay una particularidad semejante en algunos de mis colegas.

ELENA.—Pero deja la pipa, hijo; no quiero humo en esta habitación.

OSWALDO. (*Obedeciendo.*)—Con mil amores. No quería más que probarla. Es que fuméen ella una vez siendo niño.

ELENA.—¿Estás seguro?

OSWALDO.—Sí. Era muy chiquitín entonces. Recuerdo que entré una noche en el cuarto de mi padre, y que él estaba tan alegre, tan animado...

ELENA.—¡Oh! Tú no puedes acordarte de esa época.

OSWALDO.—¡Vaya! Me acuerdo perfectamente. Me cogió, me puso encima de sus rodillas y me hizo fumar en la pipa. Fuma, hijo—me dijo;—fuma de firme. Y fumé todo lo que pude, hasta que empezó á correrme el sudor por la frente. ¡Entonces se echó á reir con tanta gana!

EL PASTOR.—Es extraño.

ELENA.—Amigo mío, es algún sueño que ha tenido Oswaldo.

OSWALDO.—No, madre; no es un sueño. La prueba—¿no te acuerdas?—es que entraste tú y me llevaste al cuarto de los niños; allí me sentí mal y vi que llorabas. ¿Solía gastar padre á menudo esas bromas?

EL PASTOR.—Era muy bromista en su juventud.

OSWALDO.—Y, sin embargo, hizo tantas cosas en este mundo, tantas cosas buenas y útiles durante el poco tiempo que vivió.

EL PASTOR.—Es verdad. Lleva V. el nombre de un hombre digno y activo, mi querido Oswaldo Alving. Confiamos que será una animación, un estímulo para V.

OSWALDO.—Debiera serlo, en efecto.

EL PASTOR.—Por el pronto, ya es un buen precedente que empiece V. consagrand un día á su memoria.

OSWALDO.—¿Qué menos?

ELENA.—Y yo que lo tendré tanto tiempo conmigo... Por eso es más bueno que por nada...

EL PASTOR.—Sí, me dicen que se quedará V. con nosotros todo el invierno.

OSWALDO.—Vengo por tiempo indeterminado, señor pastor. ¡Ah, qué cosa tan buena verse uno en su casa!

ELENA.—¿Verdad que sí, hijo?

EL PASTOR. (*Mirándolo con interés.*)—Bien joven era V. cuando empezó á correr el mundo, mi querido Oswaldo.

OSWALDO.—Sí, señor. A veces me pregunto si no era demasiado joven.

ELENA.—Nada de eso. Es una cosa que no puede hacer más que bien á un muchacho desenvuelto, y sobre todo á un hijo único. Lo malo es permanecer pegado á los padres, sin salir del hogar, y convertirse en un niño mimado.

EL PASTOR.—Ese es un problema difícil de resolver. Después de todo, el hogar paterno será siempre la verdadera patria del hijo.

OSWALDO.—En eso estoy pronto á aceptar la opinión del pastor.

EL PASTOR.—Vea V., si no, su propio hijo. Sí, podemos hablar perfectamente de estas cosas en su presencia. ¿Cuál ha sido la consecuencia por lo que toca á él? Ahí lo tiene V. á los veintiséis ó veintisiete años sin haber tenido jamás ocasión de conocer la verdadera vida de familia...

OSWALDO.—Dispense V., señor pastor... En ese punto padece V. un error completo.

EL PASTOR.—¿Sí? Pues yo creía que V. no había frecuentado más que los círculos de artistas.

OSWALDO.—Exactísimo.

EL PASTOR.—Y especialmente los de los artistas jóvenes.

OSWALDO.—Como V. lo dice.

EL PASTOR.—Y yo creía que los más de ellos no tenían medios de crear una familia y de constituir un hogar...

OSWALDO.—Hay algunos que no pueden casarse, señor pastor.

EL PASTOR.—Pues eso es precisamente lo que digo.

OSWALDO.—Pero eso no impide que tengan un hogar, y lo tienen muchas

veces... y un hogar muy decente y muy bien organizado.

(Elena escucha atentamente y hace signos de aprobación con la cabeza, pero sin decir nada.)

EL PASTOR.—No se trata de la casa de un soltero. Yo llamo un hogar, un hogar doméstico, aquel en que vive un hombre con su mujer y sus hijos.

OSWALDO.—Sí, con sus hijos y con la madre de sus hijos.

EL PASTOR. *(Con un movimiento de sobresalto y juntando las manos.)*—Pero... ¡misericordia!

OSWALDO.—¿Qué?

EL PASTOR.—¿Vivir con... la madre de los hijos?

OSWALDO.—Sí; ¿preferiría V. que se la abandonase?

EL PASTOR.—¿De modo que de lo que V. habla es de relaciones ilegítimas, de falsos matrimonios?

OSWALDO.—Yo no he visto nunca nada de falso en esa comunidad de vida.

EL PASTOR.—Pero ¿cómo es posible que un hombre y una mujer que tengan... siquiera un poco de educación se amolden á una existencia de ese género á los ojos de todo el mundo?

OSWALDO.—¡Eh! ¿Qué quiere V. que hagan? Un artista pobre, una joven pobre... Para casarse se necesita mucho dinero. ¿Qué quiere V. que hagan?

EL PASTOR.—¿Qué quiero que hagan? Se lo diré á V., señor Alving. Lo que deben hacer es alejarse el uno del otro en un principio, ¡eso!

OSWALDO.—El consejo no haría gran

mella en jóvenes enamorados y apasionados.

ELENA.—La verdad es que no serviría de mucho.

EL PASTOR. (*Insistiendo.*)—¡Y las autoridades que toleran tales cosas y dejan que se consumen á la luz del día...! (*Volviéndose hacia Elena.*) ¿No tenía yo razón al preocuparme profundamente por su hijo?... En círculos donde se ostenta descaradamente la inmoralidad, donde adquiere, por decirlo así, derecho de ciudadanía...

OSWALDO.—Le confesaré además, señor pastor, que yo visitaba con mucha frecuencia á una de esas familias irregulares, en cuya casa pasaba todos los domingos.

EL PASTOR.—¡Los domingos encima!

OSWALDO.—¡Pues claro! Es el día en que uno se distrae. Pero jamás he oído allí una palabra inconveniente, ni menos he sido testigo de ninguna cosa que pudiera tacharse de inmoral. No; ¿sabe V. dónde y cuándo he tropezado con la inmoralidad en los círculos de artistas?

EL PASTOR.—¡No, no lo sé, á Dios gracias!

OSWALDO.—Pues me voy á permitir decírselo: he tropezado con ella cuando algún marido y padre de familia modelo, de los de por acá, se ha dignado honrar con su visita los estudios de los artistas y sus humildes figones, para echar una cana al aire. ¡Entonces es cuando ha aprendido uno lo bueno! Esos caballeros nos iniciaban, contándonos casos y cosas en que jamás habíamos pensado.

EL PASTOR.—¿Cómo? ¿Me dirá V. que

hombres honrados de este país irían...?

OSWALDO.—¿Ha oído V. alguna vez á esos hombres honrados, de vuelta en su patria, discutir sobre la inmoralidad que reina en los países extranjeros?

EL PASTOR.—Naturalmente.

ELENA.—Y yo también.

OSWALDO.—¡Sí, sí! Se los puede creer por su palabra. Hay peritos entre ellos. (*Llevándose las manos á la cabeza.*) ¡Pero, señor! ¡Es concebible que se pueda manchar así de lodo aquella hermosa, aquella soberbia, aquella libre existencia!

ELENA.—No te exaltes, Oswaldo, que eso no te hace bien.

OSWALDO.—No, madre, tienes razón; nada saco de eso. ¿Ves? La maldita fatiga. Voy á dar una vueltecita antes de comer. Dispénseme, señor pastor; V. no puede colocarse en mi lugar, pero ha sido un arrebato del momento.

(*Vase por la puerta de la derecha.*)

ELENA.—¡Pobre hijo!...

EL PASTOR.—Sí. Celebro oírsele decir á V. ¡Vea adónde ha venido á parar!

(*Elena lo mira en silencio.*)

EL PASTOR. (*Paseando.*)—Hijo pródigo, ha dicho. ¡Ay sí! ¡ay sí! (*Elena continúa mirándolo.*) Y V., ¿qué dice á todo esto?

ELENA.—Digo que Oswaldo tiene razón de todo en todo.

EL PASTOR. (*Sobresaltado.*)—¡Razón! ¿Razón en formular tales principios?

ELENA.—Aquí, á mis solas, he lle-

gado á pensar como él, señor pastor. Pero no me he atrevido á tocar la cuestión muy de cerca. ¡Sea! Mi hijo hablará por mí.

EL PASTOR.—Es V. muy digna de compasión, señora. Oígame, vamos á hablar seriamente. En este instante no tiene V. delante de sí su agente de negocios, su consejero, su amigo de la juventud y el de su difunto marido; ahora el que está aquí es el sacerdote, que va á hablar á V. como lo haría en la hora del mayor extravío de su vida.

ELENA.—¿Y qué tiene que decirme el sacerdote?

EL PASTOR.—Ante todo, señora, quiero refrescar sus recuerdos. El momento es oportuno: mañana es el décimo aniversario de la muerte de su marido. Mañana se descubrirá el monumento que ha de honrar su memoria. Mañana me dirigirá á toda la concurrencia; hoy quiero entenderme con V. sola.

ELENA.—Bien, señor pastor; hable V.

EL PASTOR.—¿Recuerda que al cabo de un año de matrimonio se encontró V. al borde del abismo, que desertó de su hogar... que abandonó á su esposo? Sí, señora; lo abandonó y se negó á volver, á pesar de todas sus instancias, á pesar de todas sus súplicas.

ELENA.—¿Olvida V. lo desgraciada que fui aquel primer año?

EL PASTOR.—Buscar la felicidad en esta vida es dar muestras de un espíritu de rebelión. ¿Qué derecho tenemos á la felicidad? No, señora; lo que tenemos que hacer es cumplir nuestro deber, y el deber de V. era vivir al lado

del hombre que había elegido y á quien la unía un lazo sagrado.

ELENA.—Bien sabe V. la vida que llevaba Alving en aquella época, y los desórdenes de que se hizo culpable.

EL PASTOR.—Sé perfectamente los rumores que circulaban sobre él, y lejos de mí la intención de aprobar su conducta durante la juventud hasta donde fuesen justificados esos rumores. Pero una mujer no está autorizada para erigirse en juez de su marido. Su deber de V. era soportar humildemente la cruz que la voluntad suprema estimó oportuno imponerle. En vez de eso, se sublevó, rechazó la cruz y abandonó al ser débil á quien tenía la misión de sostener. Desertó V. exponiendo su nombre y su reputación, y, por si algo faltaba, estuvo V. á punto de perder la reputación de los demás.

ELENA.—¿De los demás? De uno querrá V. decir.

EL PASTOR.—¿No era cosa más que inconsiderada venir á mi casa en busca de refugio?

ELENA.—¿A casa de nuestro pastor, de nuestro amigo?

EL PASTOR.—Precisamente por eso. Sí, bien puede V. agradecer á nuestro Señor el que yo tuviese la firmeza indispensable para apartarla de sus exaltados designios y restituirla á la vía del deber y á la casa de su legítimo esposo.

ELENA.—Sí, pastor, es verdad que eso fué obra de V.

EL PASTOR.—Yo no fui más que un humilde instrumento en manos del Altísimo. Y gracias á la ventura que me

fué concedida de reducir á V. al deber y á la obediencia, ¿cuál no ha sido la bendición del resto de su vida! ¿No se han arreglado las cosas como yo le predije? ¿No se despidió Alving de todos los desórdenes de su existencia, como cuadra á un hombre? Y después, ¿no vivió siempre al lado de V. amoroso y al abrigo de toda censura? ¿No llegó á ser el bienhechor del país, y no se elevó V. misma con él hasta hacerse poco á poco su colaboradora? ¡Y animosa colaboradora en verdad! ¡Oh! Todo eso lo sé, señora, y le debo en justicia este elogio. Pero lleguemos á lo que ha sido después el gran error de su vida.

ELENA.—¿Qué quiere V. decir?

EL PASTOR.—Así como un día renegó V. de sus deberes de esposa, renegó V. posteriormente de los de madre.

ELENA.—¡Ah!...

EL PASTOR.—Siempre ha estado V. poseída de una ciega confianza en sí propia; nunca ha aspirado más que á la emancipación de todo yugo y de toda ley; nunca ha querido soportar cadenas de ningún linaje. Cuanto estorbaba á V. en la vida lo ha rechazado sin sentimiento, sin vacilación, como una carga insoportable, no oyendo más dictados que los de su albedrío. Llegó á no convenirle á V. ser esposa, y se libró de su marido; la pareció molesto ser madre, y envió V. su hijo al extranjero.

ELENA.—Todo eso lo he hecho, es verdad.

EL PASTOR.—Así ha llegado V. á convertirse en una extraña para él.

ELENA.—No, no; se engaña V. en eso.

EL PASTOR.—No me engaño, y el hecho es natural. ¿Cómo vuelve Oswaldo á su patria? Reflexiónelo V. bien, señora. Fué V. culpable con su marido; V. misma lo reconoce, erigiendo ese monumento á su memoria; reconozca V. también el mal que ha hecho á su hijo; quizá aún es hora de restituirlo al camino derecho. Vuelva V. misma sobre sus pasos, y enmiende lo que confío que aún podrá enmendarse. (*Levantando el índice.*) Porque—se lo digo sinceramente, señora—¡V. es una madre culpable! He ahí lo que he creído de mi deber manifestarle. (*Pausa.*)

ELENA. (*Lentamente, dominándose.*)—Ha hablado V., señor pastor, y mañana lo hará en público para honrar la memoria de mi marido. Yo no hablaré mañana; pero hoy tengo también que participarle algo...

EL PASTOR.—Naturalmente: procurará V. disculpar su conducta.

ELENA.—No. Me limitaré á referirle ciertos hechos.

EL PASTOR.—Veamos.

ELENA.—En todo lo que acaba V. de decir á propósito de mi marido, de mí y de nuestra vida común, desde que consiguió V. atraerme, para emplear su lenguaje, á la vía del deber, en todo eso no hay absolutamente nada que V. haya sabido por sí mismo, porque desde aquel momento V., que nos visitaba diariamente, no volvió á poner los pies en nuestra casa.

EL PASTOR.—Vds. se marcharon de la ciudad inmediatamente después de esos sucesos.

ELENA.—Sí, y en vida de mi mari-

do jamás vino V. á vernos aquí. Los asuntos del asilo son los que le han obligado á V. á visitarme.

EL PASTOR. (*Con voz baja é insegura.*)

—Elena... si es una reconvención, yo le suplico que reflexione...

ELENA.—En las consideraciones que debe V. á su estado, si. Y además, yo era una mujer que había abandonado á mi marido. Nunca se está á bastante distancia de mujeres así.

EL PASTOR.—Querida... señora, hay en eso una exageración tan palmaria...

ELENA.—Sí, sí, sí; dejemos eso á un lado. Todo lo que yo quería decir es que, al juzgar mi vida doméstica, V. no hace más que asociarse á la opinión corriente.

EL PASTOR.—Bien, sí. ¿Y qué?

ELENA.—Pero hoy, Manders, hoy quiero decirle á V. la verdad. He jurado que la sabría V. solo algún día.

EL PASTOR.—¿Y qué verdad es esa?

ELENA.—Esa verdad es que mi marido ha muerto en medio de la disolución en que había vivido siempre.

EL PASTOR. (*Buscando el respaldo de una silla para apoyarse.*)—¿Qué ha dicho V.?

ELENA.—Disolución tan profunda después de diez y nueve años de matrimonio como en vísperas de nuestra unión.

EL PASTOR.—¿Y á esos extravíos de la juventud, á esas irregularidades, á esos desórdenes, si V. quiere, á eso llama V. disolución!

ELENA.—Esa era la palabra que empleaba nuestro médico.

EL PASTOR.—Ahora ya no comprendo á V.

ELENA.—Sería inútil que me comprendiese.

EL PASTOR.—Se confunde mi cabeza. ¡De modo que todo el matrimonio de Vds., esa vida común de tantos años con su esposo no era más que un velo tendido sobre un abismo!

ELENA.—Ni más ni menos. Ahora ya lo sabe V.

EL PASTOR.—Esa... Ha de pasar mucho antes de que yo pueda explicarme todo eso. ¡No comprendo absolutamente nada! No puedo formarme una idea siquiera. Pero ¿cómo era posible...? ¿Cómo ha podido permanecer oculta tal cosa?

ELENA.—Para que el secreto no trascendiese tuve que sostener una lucha de todos los instantes. Después del nacimiento de Oswaldó pareció que había alguna mudanza, pero no duró mucho. Más adelante tuve que luchar doble, tuve que empeñar un combate mortal para que nadie sospechara qué clase de hombre era el padre de mi hijo. Aparte de esto, V. recordará cómo sabía ganar los corazones Alving. Parecía imposible que nadie concibiese un mal pensamiento acerca de él. Parecía de esa especie de hombres contra cuya reputación todo es impotente. Pero al fin Manders—es menester que lo sepa V. todo,—al fin cometió una abominación mayor que todas las demás.

EL PASTOR.—¿Mayor que todo?

ELENA.—Yo llevaba con paciencia las cosas, aunque sin ignorar nada de

lo que pasaba fuera de casa; pero cuando el escándalo se instaló entre estas cuatro paredes...

EL PASTOR.—¿Qué dice V.? ¡Ah, Dios mío!

ELENA.—Sí, aquí, bajo nuestro techo. Ahí. (*señalando la primera puerta de la derecha*) tuve la primera revelación un día que necesité entrar en ese cuarto; vi á la doncella entrar con agua para regar las flores.

EL PASTOR.—¿Y bien?

ELENA.—Al poco rato entró también Alving. Le oí hablar muy tiernamente á esa muchacha. Después oí (*con una risa seca*), ¡oh! aún resuenan en mi interior aquellas palabras desgarradoras y ridículas á la vez... oí á mi propia criada murmurar: «Déjeme V., señor; haga el favor de soltarme.»

EL PASTOR.—¡Oh, una imperdonable ligereza! Pero una ligereza nada más, señora; créalo V.

ELENA.—Lo que debía creer no tardé en saberlo. El gentilhombre logró sus fines con la muchacha, y el hecho, pastor, tuvo consecuencias.

EL PASTOR. (*Petrificado*).—¡Todo eso en esta casa, en esta casa!

ELENA.—En esta casa he soportado yo muchas cosas. Para retenerlo aquí por las tardes y por las noches, tuve que ser su compañera de orgía allí arriba, en su cuarto; tuve que sentarme á la mesa con él, tuve que beber en su compañía; tuve que escuchar sus demencias; tuve que luchar cuerpo á cuerpo para llevarlo á la cama.

EL PASTOR. (*Conmovido*).—¿Y V. pudo sufrir todo eso?

ELENA.—Me acordaba de mi hijo, y por él lo sufría todo. Pero al saber aquel último ultraje, al ver á mi propia criada... juré que todo aquello acabaría. Recabé la autoridad en la casa, la autoridad sobre todo... sobre él mismo; porque, como tenía ya un arma contra él, no se atrevía á moverse. Entonces fué cuando mandé á Oswaldo fuera de aquí. Cumplía en aquella fecha siete años, y empezaba á observar y á hacer las preguntas que todos los niños. Todo eso, Manders, no podía tolerarlo yo. Me pareció que el niño debía envenenarse en aquella atmósfera de mancias. Por eso lo saqué de aquí. Ahora comprenderá V. por qué no ha vuelto á pisar esta casa, mientras ha vivido su padre. ¡Nadie sabe lo que me ha costado.

EL PASTOR.—En verdad, ha tenido V. una dura experiencia de la vida.

ELENA.—Jamás hubiese resistido; á no tener un deber que cumplir. ¡Ah, puedo decir que he trabajado! Todas esas ventajas—el aumento de las tierras, la mejora de la posesión,—todas esas obras útiles, cuya gloria recogió Alving, ¿cree V. que fué él quien las llevó á cabo? ¡El, que desde la mañana hasta la noche estaba tendido en el sofá, engolfado en la lectura de una antigua *Guía oficial*! No, necesito que sepa V. otra cosa: yo era la que le hacía moverse en sus horas de lucidez, y yo era la que debía llevar todo el peso, cuando se entregaba á sus excesos habituales ó quedaba sumido en un marasmo sin nombre.

EL PASTOR.—¿Y á la memoria de un hombre así eleva V. un monumento?

ELENA.—Vea V. lo que puede una mala conciencia.

EL PASTOR.—¿Una mala...? ¿Qué quiere V. decir?

ELENA.—Me ha parecido siempre que la verdad no podría menos de traslucirse, y que acabaría por ser conocida de todos. De ahí que ese asilo esté destinado en cierto modo á acallar todos los rumores y á evitar todas las sospechas.

EL PASTOR.—Pues no ha ido V. des-caminada, señora.

ELENA.—Tenía otro móvil además. Yo no quería que Oswaldo, que mi hijo, heredase nada de su padre.

EL PASTOR.—De modo que con la herencia de Alving es con la que...

ELENA.—Sí, las sumas que año tras año he consagrado á ese asilo forman—lo he calculado exactamente—el total de un haber por el cual se consideraba en su día al teniente Alving como un buen partido.

EL PASTOR.—Comprendo...

ELENA.—Ese dinero fué el precio de compra. No quiero que pase á manos de Oswaldo. Mi hijo debe recibirlo todo de mí, todo.

(Entra Oswaldo Alving por la segunda puerta de la derecha; ha dejado en el vestíbulo el abrigo y el sombrero.)

ELENA. *(Yendo á su encuentro.)*—¿Estás ya de vuelta, querido mío?

OSWALDO.—Sí. ¿Qué va uno á hacer fuera con esta eterna lluvia? Pero oigo decir que vamos á comer. ¡Santa palabra!

REGINA. *(Saliendo del comedor con un*

paquete en la mano.)—Un paquete para la señora.

(Lo entrega á Elena.)

ELENA. *(Dirigiendo una mirada al pastor.)*—Probablemente las cantatas para la fiesta de mañana.

EL PASTOR.—Hum...

REGINA.—Y la señora está servida.

ELENA.—Bien, en seguida vamos. No quiero más que...

(Empieza á abrir el paquete.)

REGINA. *(A Oswaldo.)*—¿El señorito desea Porto blanco ó tinto?

OSWALDO.—Los dos, Regina.

REGINA.—Bien... está muy bien.

(Entra en el comedor.)

OSWALDO.—Yo puedo ayudar á V. á destapar...

(La sigue al comedor, cuya puerta queda entornada.)

ELENA. *(Después de abrir el paquete.)*—Eso es: aquí están las cantatas, pastor.

EL PASTOR. *(Juntando las manos.)*—¿Cómo podré yo tener el espíritu bastante sereno para pronunciar mi discurso de mañana? ¡La verdad...!

ELENA.—¡Oh! Ya saldrá V. adelante.

EL PASTOR. *(Bajando la voz para no ser oído en el comedor.)*—¿Qué quiere V.? El hecho es que no podemos despertar el escándalo.

ELENA. *(Bajando la voz, pero con firmeza.)*—No; pero ese será el fin de esta larga y odiosa comedia. Desde pasado mañana obraré como si el difunto no

hubiese vivido jamás en esta casa. No quedará aquí nadie más que mi hijo y su madre.

(En el comedor se oye caer una silla y rumor de palabras.)

(La voz de Regina, entre ahogada y estridente.)—Pero, Oswaldo, ¿estás loco? ¡Suéltame!

ELENA. *(Retrocediendo espantada.)*—¡Ah!...

(Dirige miradas extraviadas á la puerta entreabierta. Se oye toser y reír á Oswaldo, y el ruido de destapar una botella.)

EL PASTOR. *(Indignado.)*—Pero, ¿qué significa?... ¿Qué es esto, señora?

ELENA. *(Con voz ronca.)*—Espectros..., la reaparición de la pareja del invernadero.

EL PASTOR.—¿Qué dice V.? ¿Regina...? ¿Sería?...

ELENA.—Sí. Venga V. ¡Ni una palabra!

(Toma el brazo del pastor Manders, y se dirige al comedor con paso inseguro.)

ACTO SEGUNDO

La misma decoración. El cielo cubierto, como antes, de espesa niebla.

(Salen del comedor el pastor Manders y Elena.)

ELENA. *(Volviendo la cabeza hacia atrás.)*—¿Vienes, Oswaldo?

OSWALDO. *(Desde dentro.)*—No, gracias; voy á dar una vueltecita.

ELENA.—Bien pensado. Sal un instante antes de que empiece otra vez el aguacero. *(Cierra la puerta del comedor, se dirige hacia la del vestíbulo y llama.)* ¡Regina!

REGINA. *(Desde dentro.)*—¿Señora?

ELENA.—Ve al lavadero á echar una mano á las gunnaldas.

REGINA.—Sí, señora.

(Elena se cerciora de que ha salido Regina, y cierra la puerta.)

EL PASTOR.—¿El no puede oír nada desde donde está, verdad?

ELENA.—Cerrada la puerta, no. Además, va á salir.

EL PASTOR.—Todavía estoy aturdido. No sé cómo he podido pasar un bocado.

ELENA. *(Paseando agitadamente y tratando de dominar su emoción.)*—Ni yo tampoco; pero, ¿qué hacer?

EL PASTOR.—¿Qué hacer, en efecto? No sé, por mi parte. Tengo tan poca experiencia en este género de cosas...

ELENA.—Estoy absolutamente segura de que no hay nada todavía...

EL PASTOR.—¡No! ¡El cielo nos libre! Pero no por eso dejan de ser familiaridades muy inconvenientes.

ELENA.—Todo eso es un simple capricho de Oswaldo. Puede V. estar seguro.

EL PASTOR.—¡Oh! Yo, lo repito, soy poco competente en esta clase de cosas. Sin embargo, me parece...

ELENA.—Ella tiene que salir de la casa, y en seguida. Eso es claro como la luz.

EL PASTOR.—Naturalmente...

ELENA.—Pero, ¿dónde ha de ir? Nosotros no podemos cargar con la responsabilidad de...

EL PASTOR.—Irá sencillamente á casa de su padre.

ELENA.—¿A casa de quién, dice V.?

EL PASTOR.—A casa de su... Digo no, es verdad: Engstrand no es su... Pero, ¡por Dios, señora! ¿Cómo es posible! Vamos, estará V. equivocada.

ELENA.—¡Ay! No estoy equivocada. Juana tuvo que confesármelo, y Alving no pudo negar. No había, pues, más remedio que echar tierra sobre el asunto.

EL PASTOR.—Evidentemente, no había otro partido.

ELENA.—La muchacha salió de casa inmediatamente, después de recibir una suma bastante respetable, como precio de su silencio. Con eso supo bandearse, una vez en la ciudad. Allí volvió á entenderse con el carpintero Engstrand, le dejó comprender el mucho dinero que tenía, y le urdió una historia sobre un extranjero que había entrado en el puerto con su yate el verano anterior. Y ahí tiene V. cómo se casó con Engstrand, de la noche á la mañana. ¡Eh! ¡Si V. mismo los casó!

EL PASTOR.—Pero, ¿cómo explicar...? Yo recuerdo muy bien la actitud de Engstrand cuando fué á verme para su matrimonio. Se presentó tan contrito y se reconvenía con tanta amargura por la ligereza de que se habían hecho culpables su prometida y él...

ELENA.—Claro que tenía que echar la culpa sobre sí.

EL PASTOR.—Pero todo aquel disimu-

lo... ¡Y conmigo! No lo hubiera esperado de Jacobo Engstrand. ¡Ah! Tendrá que darme cuenta de todo, y seriamente; yo se lo prometo. ¡Y encima una unión tan inmoral! ¡Por dinero! ¿A cuánto ascendió la cantidad de que podía disponer la muchacha?

ELENA.—A trescientos escudos.

EL PASTOR.—¡Qué le parece á V.! ¡Casarse con una mujer perdida por trescientos miserables escudos!

ELENA.—¿Y qué dice V. de mí, que me dejé casar con un hombre perdido?

EL PASTOR.—Pero ¡Dios me valga! ¿Qué está V. diciendo? ¡Un hombre perdido!

ELENA.—¿Acaso cree V. que Alving fuese más puro, cuando lo acompañé al altar, que Juana, cuando se casó con Engstrand?

EL PASTOR.—Los casos son tan diferentes...

ELENA.—No tanto. Lo único diferente son los precios: por una parte, trescientos míseros escudos...; por la otra, una fortuna.

EL PASTOR.—¡Vaya! ¿Cómo puede V. comparar dos cosas tan distintas? ¿No se aconsejó V. de sus allegados y no sondeó V. su propio corazón?

ELENA. (*Sin mirarlo.*)—Yo creí que V. había comprendido por dónde andaba extraviado en aquella época este corazón, como V. lo llama.

EL PASTOR. (*Con austeridad.*)—Si lo hubiese comprendido, no hubiera visitado diariamente la casa de su marido de V.

ELENA.—En fin, lo cierto es que yo no me había consultado.

EL PASTOR.—Bien, pero de todos modos V. siguió las prescripciones al tomar el consejo de sus parientes más cercanos: de su madre y de sus dostias.

ELENA.—Es verdad. Ellas tres fueron las que arreglaron el asunto, y no yo. ¡Estaban tan convencidas de que hubiese sido una locura rechazar ofrecimiento semejante! ¡Si mi madre pudiese levantar la cabeza y ver en lo que han venido á parar todos esos esplendores!

EL PASTOR.—Nadie puede responder del resultado. Lo seguro es que el matrimonio de V. se hizo estrictamente según el orden prescrito.

ELENA. (*A la ventana.*)—¡Ah, ese orden y esas prescripciones! ¡A veces me parece que son la causa de todas las desgracias de este mundo!

EL PASTOR.—Señora, ahora comete V. un pecado.

ELENA.—Es posible; pero todos esos lazos, todas esas consideraciones se me han hecho insoportables. No puedo... quiero desasirme, quiero la libertad.

EL PASTOR.—¿Qué quiere V. decir?

ELENA. (*Dando golpecitos en un cristal.*)—Yo no hubiera debido tender el velo sobre la vida de Alving. Pero no me atrevía á obrar de otro modo, hasta por consideraciones personales: ¡tan cobarde era!

EL PASTOR.—¿Cobarde?

ELENA.—Si se hubiera sabido algo, hubiesen dicho: ¡Pobre hombre! es natural que claudique: un hombre cuya mujer huye.

EL PASTOR.—Y hasta cierto punto no hubiese faltado razón para hablar así.

ELENA. (*Mirándole á la cara.*)—Si yo hubiese sido como debía, hubiera llamado aparte á Oswaldo y le hubiera dicho: Escucha, hijo mío, tu padre era un hombre perdido...

EL PASTOR.—¡Misericordia!

ELENA.—Le hubiese contado todo lo que he contado á V., ni más ni menos.

EL PASTOR.—Acabaré por indignarme con V., señora.

ELENA.—Sí, sí. Yo también me indigno (*apartándose de la ventana*) de verme tan cobarde.

EL PASTOR.—¿Y llama V. cobardía á cumplir sencillamente con su deber? ¿Olvida que un hijo debe amor y respeto á sus padres?

ELENA.—Dejémonos de generalidades. Una pregunta: ¿Debe amar y respetar Oswaldo al gentilhomme Alving?

EL PASTOR.—¿No hay una voz de madre que le veda á V. destruir el ideal de su hijo?

ELENA.—Pero ¿y la verdad?

EL PASTOR.—Pero ¿y el ideal?

ELENA.—¡Oh! ¡el ideal, el ideal! ¡Con solo que yo fuese un poco más animosa de lo que soy...!

EL PASTOR.—No tire V. piedras al ideal, señora, porque se venga cruelmente. Y puesto que se trata de Oswaldo, Oswaldo ¡ay! no es muy rico en ideal; pero, hasta donde he podido ver, tiene uno: su padre.

ELENA.—En eso no se engaña V.

EL PASTOR.—Y ese sentimiento V. misma lo ha despertado y alimentado con sus cartas.

ELENA.—Sí, era esclava del deber y

de los miramientos, y he mentido á mi hijo durante años. ¡Oh! ¡qué cobarde, qué cobarde era!

EL PASTOR.—Ha implantado V. una ilusión saludable en el alma de su hijo, y á buen seguro que no es un bien de poco valor.

ELENA.—¡Hum! ¿Quién sabe si es un bien...? En cuanto á un enredo con Regina, no lo quiero. No es cosa de que por una ligereza vaya á causar la desgracia de esa pobre muchacha.

EL PASTOR.—¡No, gran Dios! Sería espantoso.

ELENA.—Si yo supiese que tenía intenciones serias, y que iba en ello su felicidad...

EL PASTOR.—¿El qué? No comprendo.

REGINA.—Pero no hay caso, porque Regina, desgraciadamente, no se presta á ello.

EL PASTOR.—¿Cómo? ¿Qué quiere V. decir?

ELENA.—Si yo no fuese tan pusilánime, con gusto le diría: cástate con ella ó haced lo que os plazca; pero no haya engaño.

EL PASTOR.—¡Cielo santo! ¡Un matrimonio en esas condiciones! ¡Una cosa tan espantosa... tan inaudita!

ELENA.—¿Inaudita, dice V.? Pastor Manders, con la mano en el corazón, ¿no cree V. que en torno de nosotros, en el país, hay más de una unión entre parientes tan cercanos?

EL PASTOR.—No la entiendo á V.

ELENA.—¡Vaya!

EL PASTOR.—V. piensa en casos excepcionales en que... ¡ay! la vida de familia no siempre es desgraciadamen-

te todo lo pura que debiera. Pero una cosa como esa á que hace V. alusión no se sabe jamás... al menos con certidumbre. Aquí, á la inversa, se daría el caso de que V., una madre, quisiese que su...

ELENA.—Pero si yo no lo quiero ni remotamente. Por nada del mundo lo consentiría; es precisamente lo que digo.

EL PASTOR.—Porque es V. cobarde, según su expresión. De modo que, si no fuese V. cobarde... ¡Dios bondadoso! ¡Una unión tan repulsiva!

ELENA.—¡Eh! todos, me parece, descendemos de uniones de esa clase. ¿Y quién ha instituido tales cosas Pastor?

EL PASTOR.—Señora, yo no trato con V. de semejantes materias. Está V. lejos de hallarse en la disposición requerida; pero cuando se atreve V. á decir que es una cobardía de su parte el...

ELENA.—Escuche V. y sepa lo que quiero decir. Tengo miedo, porque hay en mí algo que me obsedía, recuerdos terribles que me persiguen como fantasmas de que no puedo librarme.

EL PASTOR.—¿Cómo dice V.?

ELENA.—Cuando vi en ese sitio á Regina y á Oswaldo, me pareció como si el pasado reviviese ante mí. Y no me falta nada para creer, pastor, que todos somos aparecidos. No es sólo que corra en nuestras venas la sangre de nuestros padres; es que llevamos también una especie de idea destruida, una especie de creencia muerta con todo lo que á ella se asocia. Nada de eso vive; pero, á pesar de todo, no deja de estar allá, en el fondo de nosotros

mismos, sin que jamás logremos des-echarlo. ¿Cojo un periódico y me pon-go á leer? Pues veo surgir fantasmas entre las letras. Se me figura que el país está poblado de aparecidos, que hay tantos como granos de arena en el mar. Y, por remate, ¡todos, mientras existimos, tenemos un miedo tan mi-serable á la luz!

EL PASTOR.—He aquí, pues, el fruto de sus lecturas. ¡Bello fruto en verdad! ¡Ah! ¡Esos abominables libros, esos escritos revolucionarios de los libre-pensadores!

ELENA.—Se equivoca, mi querido pastor. Quien me indujo á reflexionar fué V. mismo, y le debo á V. las gra-cias.

EL PASTOR.—¿Yo?

ELENA.—Sí. Cuando V. me redu-jo á lo que llamaba el deber, cuando me alabó como justo y equitativo aque-llo contra lo cual se sublevaba horro-rizado todo mi ser, empecé á examinar la trama de sus enseñanzas. Yo no quería tocar más que un solo punto; pero, suelto ese, se deshacía todo. Y en-tonces vi que las costuras de V. esta-ban hechas á máquina.

EL PASTOR. (*Pausadamente, con emo-ción.*)—¿Sería éste el premio de lo que fué el más duro combate de mi vida?

ELENA.—Diga V. mejor la más sen-sible de sus derrotas.

EL PASTOR.—Fué la mayor victoria de mi vida, Elena: un triunfo sobre mí mismo.

ELENA.—Un crimen contra nosotros dos.

EL PASTOR.—¿Qué? Un día va V. á

mi casa, completamente extraviada, gritando: «Aquí me tienes, tómame»; entonces yo le suplico, yo le digo: «Mujer, vuelva al lado de quien es su esposo ante las leyes», ¿y á eso llama V. un crimen?

ELENA.—En mi opinión, sí.

EL PASTOR.—V. y yo no nos com-prenderemos nunca.

ELENA.—En todo caso, no nos com-prendemos ya.

EL PASTOR.—Jamás... jamás he con-siderado á V. en mis pensamientos más secretos sino como la mujer de otro.

ELENA.—¿Está V. seguro?

EL PASTOR.—¡Elena!

ELENA.—¡Se olvida uno tan fácil-mente...!

EL PASTOR.—No tanto. Por mi par-te, soy el mismo de siempre.

ELENA. (*Cambiando de tono.*)—Bien, bien; no hablemos más del pasado. Ahora anda V. metido hasta el cuello en juntas y direcciones, y yo estoy aquí luchando contra aparecidos dentro y fuera.

EL PASTOR.—En cuanto á los de fue-ra, podré ayudar á V. á librarse de ellos. Después de todo lo que he sabido hoy con espanto, no puedo en concien-cia asumir la responsabilidad de dejar en su casa á una muchacha inexperta.

ELENA.—¿No cree V. que lo mejor se-ría procurarle una posición... quiero decir... algún buen partido?

EL PASTOR.—Sin ninguna duda. Opi-no que sería de desear en todos senti-dos. Regina ha llegado á la edad en que... ¡Dios mío! Yo no entiendo de esas cosas, pero...

ELENA.—Regina se ha desarrollado pronto.

EL PASTOR.—¿No es verdad? Por lo que toca á desarrollo corporal, creo acordarme de que estaba ya muy adelantada cuando yo la preparaba para la confirmación. Pero, mientras, es preciso de todos modos que vuelva á su casa. Bajo la mirada de su padre... ¡Digo, no! Engstrand no es... ¡Ah! ¡Que haya podido él, él, ocultarme así la verdad!

(*Llaman á la puerta del vestíbulo.*)

ELENA.—¿Quién podrá ser? Adelante.

ENGSTRAND. (*En traje de domingo, á la entrada.*) Vds. dispensen, pero...

EL PASTOR.—¡Ah, ah! ¡Hum!...

ELENA.—¿Es V., Engstrand?

ENGSTRAND.—No estaban ahí las muchachas, y he tenido que tomarme la libertad excesiva de llamar á la puerta.

ELENA.—Bien, bien. Entre. ¿Tiene V. algo que decirme?

ENGSTRAND. (*Entrando.*)—No, señora, mil gracias. A quien querría hablar una palabrita es al señor pastor.

EL PASTOR. (*Paseándose.*)—¿A mí? ¿Es á mí á quien quiere V. hablar? ¿A mí, no es verdad?

ENGSTRAND.—Sí, señor; yo querría...

EL PASTOR. (*Parándose delante de él.*)—¡Bueno! ¿Y puedo saber de qué se trata?

ENGSTRAND.—Pues verá V., señor pastor: es la hora de la paga allá... Mil gracias, señora... Ya está todo preparado, y á mí me ha parecido conveniente que los que hemos estado tra-

bajando en tan buena armonía durante todo ese tiempo... me ha parecido que haríamos bien en terminar con una reuñoncita piadosa.

EL PASTOR.—¿Una reunión allá en el asilo?

ENGSTRAND.—Sí... á no ser que al señor pastor no le parezca conveniente, porque entonces...

EL PASTOR.—Claro que me parece conveniente, pero... ¡Jem!...

ENGSTRAND.—Yo mismo solía arreglar reuñoncitas por la noche...

ELENA.—¿Sí?

ENGSTRAND.—Sí, de vez en cuando, algún ejercicio de piedad; pero yo no soy más que un pobre hombre humilde y rudo, y no tengo las dotes necesarias... ¡Dios me ayude!... Así que, como el señor pastor estaba aquí, pensé que...

EL PASTOR.—Bien, pero yo tengo que hacerle antes una pregunta, señor Engstrand. ¿Está V. en las disposiciones requeridas para tal reunión? ¿Tiene V. libre y limpia la conciencia?

ENGSTRAND.—¡Oh! Dios nos perdone, no vale la pena de que uno hable de su conciencia, señor pastor.

EL PASTOR.—Al contrario, se trata de ella cabalmente. Veamos: ¿qué tiene V. que responder?

ENGSTRAND.—¡Eh! La conciencia puede encontrarse á veces en falta.

EL PASTOR.—Vamos, al menos conviene V. en ello. Pero ¿quiere V. decirme aquí, francamente, qué historia es esa de Regina?

ELENA. (*Con viveza.*)—¡Pastor Manders!

n EL PASTOR. (*Haciendo un ademán para e. calmarla.*)—Déjeme hacer.

g ENGSTRAND. —¿Regina?... ¡Señor!
ei ¡Me da V. miedo! (*Mira á Elena.*) ¿Supo pongo que no le habrá ocurrido ninguna desgracia á Regina?

me EL PASTOR.—Es de esperar. Pero de ex lo que yo hablo es de su situación de sei V. con respecto á Regina. A V. lo tie-

En por padre suyo, ¿no es esto? Bien; de pues diga...

¡Al ENGSTRAND. (*Vacilando.*)—¡Jem! El es señor pastor sabe muy bien lo ocurrido pe conmigo y con mi difunta Juana...

¡ EL PASTOR.—Es inútil atenuar la verpadad. Su difunta mujer se lo reveló todo fu á la señora antes de dejar su servicio.

c ENGSTRAND.—¡Oh! ¡que selo...! ¿Esas tenemos? Pero ¿hizo eso de veras?...

EL PASTOR.—¡Ea! Ya está V. desenmascarado, Engstrand.

ENGSTRAND.—... ¡Y ella que había jurado por la salvación de su alma...!

EL PASTOR.—¡Por la salvación de su alma!

ENGSTRAND.—No, no; había jurado simplemente, pero con todo su corazón.

EL PASTOR.—¡De manera que V. me ha ocultado la verdad durante tantos años! ¡Me la ha ocultado V. á mí que le demostraba una confianza tan inquebrantable en todo y siempre!

ENGSTRAND.—¡Ay! Sí, lo he hecho.

EL PASTOR.—¿He merecido yo que V. me engañase, Engstrand? ¿No me ha encontrado V. siempre propicio á ayudarle con mis consejos y con actos hasta donde dependía de mí? Responda, ¿es cierto? ¿sí ó no?

ENGSTRAND.—Efectivamente, más de

una vez me hubiera costado trabajo salir de apuros, á no ser por el pastor Manders.

EL PASTOR.—Y V. me lo recompensa así. Me ha hecho V. sentar falsas inscripciones en los registros de la parroquia, y durante toda una serie de años no me ha dado V. ninguna de las explicaciones que me debía, que debía á la verdad. ¡Engstrand, su conducta de V. no tiene perdón, y desde ahora todo ha acabado entre nosotros!

ENGSTRAND. (*Suspirando.*)—Es verdad; bien lo veo.

EL PASTOR.—Sí, porque ¿cómo podría V. justificarse?

ENGSTRAND.—Pero ¿cómo ha podido ella confesar su vergüenza? Vamos, señor pastor, supóngase V. que está en el caso de mi difunta Juana...

EL PASTOR.—¡Yo!

ENGSTRAND.—Señor, no es más que un suponer. Yo quiero decir, pongo por caso, que el señor pastor tuviese alguna cosa vergonzosa que ocultar á los ojos del mundo, como se dice. Nosotros, los hombres, no debemos apresurarnos á condenar á una pobre mujer, señor pastor.

EL PASTOR.—No es á su mujer de V. á quien acuso, sino á V.

ENGSTRAND.—¿Si yo pudiese hacer una preguntita al señor pastor?

EL PASTOR.—Vamos, hágala.

ENGSTRAND.—¿Un hombre no tiene el deber de levantar á toda criatura que cae?

EL PASTOR.—Evidentemente.

ENGSTRAND.—¿Y un hombre no está obligado á cumplir su palabra?

EL PASTOR.—También. Pero...

ENGSTRAND.—Después de su desgracia por causa de aquel inglés —puede que fuese un americano ó un ruso, como los llaman— Juana vino á la ciudad. La pobre muchacha me había rechazado ya varias veces, porque ella no tenía ojos más que para lo bonito, y yo me encontraba con este defecto de la pierna. Ya, ya se acuerda el señor pastor del accidente. Un día fui á caer en un baile donde andaban de bullanga los marineros en medio del delirio de la embriaguez, como se dice. Y queriendo convencerlos para que abrazasen una nueva vida...

ELENA. (*En la ventana.*)—Hum...

EL PASTOR. — Estoy al cabo, Engstrand: aquellos hombres groseros le tiraron por la escalera. Me lo ha contado V. Su achaque le honra.

ENGSTRAND.—No es que me envanezca, señor pastor. Quería decirle que por entonces vino Juana á confiarse á mí con las lágrimas en los ojos y rechinando los dientes. Puede creerme, señor pastor: me desgarraba el alma oír sus lamentos.

EL PASTOR.—¿De veras, Engstrand? Continúe V.

ENGSTRAND.—Entonces le dije: el americano navega por esos mares, y tú, Juana, has cometido un pecado y te has perdido. Pero aquí está Jacobo Engstrand, le dije luego; aquí está firme sobre sus piés. No era más que una figura, vamos al decir, señor pastor.

EL PASTOR.—Comprendo muy bien. Siga.

ENGSTRAND.—¡Pues bueno! Yo la le-

vanté y me casé con ella á la faz de todo el mundo para que no se supiese su desliz con un extraño.

EL PASTOR.—En todo eso obró V. dignamente. Pero lo que yo no puedo aprobar es que se rebajase V. á admitir dinero.

ENGSTRAND.—¡Dinero! ¿Yo? Ni un céntimo.

EL PASTOR. (*Interrogando con la mirada á Elena.*)—¡Pero...!

ENGSTRAND.—¡Ah, sí!... Aguarde V. un poco; recuerdo que Juana tenía algo, es verdad. Pero yo no quise jamás oír hablar de tal cosa. ¡Quita allá!, dije; eso es el precio del pecado. Este oro miserable—ó esos billetes de Banco... lo que sea... no sé—vamos á tirárselo á la cara al americano: así dije yo. Pero el hombre se había marchado, había desaparecido al través de los mares y de las tempestades, señor pastor.

EL PASTOR.—¿Hizo eso el bueno de Engstrand?

ENGSTRAND.—Ya lo creo. Entonces Juana y yo convinimos en que ese dinero debía servir para criar á la niña; y así ha sido, y yo puedo rendir cuentas hasta de la moneda más insignificante.

EL PASTOR.—Eso hace variar mucho la cuestión.

ENGSTRAND.—Eso es lo que ha pasado, señor pastor; y, bien puedo decirlo, yo he sido un verdadero padre para Regina en la medida de mis fuerzas, porque no soy por desgracia más que un pobre lisiado.

EL PASTOR.—Vamos, vamos, querido Engstrand.

ENGSTRAND.—Pero eso, si, señor, lo puedo decir: yo he educado á la niña, he vivido en espíritu de amor con mi difunta Juana, y he ejercido la autoridad en la casa, como está escrito. Y jamás me ha pasado por la cabeza ir á buscar al pastor Manders para alabarme y hacer gala de haber cumplido yo también un día una buena acción. No; cuando á Jacobo Engstrand le pasa eso, calla y se lo guarda para sí. Desgraciadamente, eso no ocurre á menudo, como V. comprende, y, cuando estoy con el pastor Manders, no me faltan extravíos y flaquezas de que hablarle. Porque, repito lo que decía hace poco: la conciencia puede encontrarse en falta de vez en cuando.

EL PASTOR.—Deme la mano, Jacobo.

ENGSTRAND.—¡Jesús mío! Señor Pastor...

EL PASTOR.—No ande con niñerías. (*Le estrecha la mano.*) ¡Así!

ENGSTRAND.—¿Y si yo pidiese ahora perdón al señor pastor?...

EL PASTOR.—¿V.? Yo soy, al contrario, el que debo disculparme.

ENGSTRAND.—¡Ah, eso jamás!

EL PASTOR.—Mucho que sí, y lo hago de todo corazón. Perdone mi sospecha; y si yo pudiese demostrarle de algún modo mi absoluta confianza y mi buena voluntad...

ENGSTRAND.—¿Haría V. tal cosa, señor Pastor?

EL PASTOR.—Con el mayor placer.

ENGSTRAND.—Es que... en este mismo momento tendría V. la ocasión de hacerlo. Con el dinero que he ahorrado

aquí quiero fundar en la ciudad un albergue para los marinos.

ELENA.—¡Oiga!

ENGSTRAND.—Sí; vendría á ser, como quien dice, una especie de asilo. El hombre de mar está expuesto á todas las tentaciones cuando viene á tierra. Pero en mi albergue, en la casa de que le hablo, estaría como bajo las miradas de un padre. Ese es mi proyecto.

EL PASTOR.—¿Qué le parece de esa idea, doña Elena?

ENGSTRAND.—No dispongo de mucho, y si encontrase una mano bienhechora...

EL PASTOR.—Corriente, corriente. Habrá que pensar en todo eso. Su designio de V. me halaga extraordinariamente. Ahora váyase á sus cosas, y que enciendan para que todo tenga su airecito de fiesta; después nos ocuparemos de nuestra reunión edificante, mi querido Engstrand, porque ahora sí que lo creo á V. de veras en buenas disposiciones.

ENGSTRAND.—Eso me parece á mí también. Vaya, pues con Dios, señora, y gracias por sus favores; guárdeme V. bien á Regina (*se limpia una lágrima*), la hija de mi difunta Juana... Es singular... pero no parece sino que ha echado raíces en mi corazón. ¡Ah, es la pura verdad!

(*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*)

EL PASTOR.—¿Eh? ¿Qué le parece á V. de ese hombre, señora? La explicación que nos ha dado se aparta un poco de la de V....

ELENA.—En efecto.

EL PASTOR.—Ya ve V. cuánto hay que mirarse antes de pronunciar juicios sobre el prójimo. Pero, en cambio, ¡qué alegría cuando uno reconoce su error! ¿No lo cree V. así?

ELENA.—Lo que creo, Manders, es que V. es y será siempre un niño.

EL PASTOR.—¿Yo?

ELENA. (*Poniendo las dos manos sobre los hombros del Pastor.*)—Y añado que me entran grandes ganas de echarle á V. los brazos al cuello.

EL PASTOR. (*Retrocediendo apresuradamente.*)—¡No, no, Dios bendito!... ¡Semejantes deseos...!

ELENA. (*Sonriendo.*)—¡Vamos, no tenga V. miedo de mí!

EL PASTOR. (*Después de acercarse al velador.*)—Tiene V. á veces una manera de expresarse tan vehemente... Ahora guardo los documentos en mi cartera. (*Lo hace.*) Eso es. Hasta la vista. No aparte los ojos de Oswaldó, cuando venga. Yo volveré dentro de poco.

(*Coge el sombrero y vase por la puerta del vestíbulo.*)

ELENA. (*Exhala un suspiro; dirige una mirada por la ventana; arregla un poco el cuarto, y se dispone á entrar en el comedor; pero se detiene estupefacta en el umbral, y profiere una exclamación sordada.*)—¡Oswaldó! ¡Todavía estás en la mesa!

OSWALDO. (*Desde el comedor.*)—No quería más que acabar el cigarro.

ELENA.—Creí que habías salido á pascarte un rato.

OSWALDO.—¡Con este tiempo!

(*Se oye ruido de vasos. Elena deja abierta la puerta y se sienta en el sofá cerca de la ventana, con el bordado en la mano.*)

OSWALDO. (*Desde dentro.*)—¿No es el pastor Manders el que acaba de salir?

ELENA.—Sí, va al asilo.

OSWALDO.—¡Jem!

(*Se oye el choque de un vaso y una botella.*)

ELENA. (*Mirando intranquila.*)—Querido Oswaldó, conviene que tengas cuidado con ese licor, porque es fuerte.

OSWALDO.—Es bueno contra la humedad.

ELENA.—¿No prefieres venir aquí conmigo?

OSWALDO.—No podría fumar.

ELENA.—Ya sabes tú que puedes fumar un cigarro.

OSWALDO.—Buéno, bueno, ya voy. Nada más que otra gotita... ¡Ea! concluido.

(*Entra con el cigarro en la boca y cierra la puerta. Una pausa breve.*)

OSWALDO.—¿Dónde ha ido el Pastor?

ELENA.—Si acabo de decirte que ha ido al asilo.

OSWALDO.—Justo.

ELENA.—No debías quedarte tanto tiempo en la mesa, Oswaldó.

OSWALDO. (*Llevándose á la espalda la mano en que tiene el cigarro.*)—Pero si eso es una delicia, madre. (*La acaricia y le da golpecitos.*) Figúrate: acabado de regresar, verme sentado á la limpia mesa de mi madrecita, en la casa de

mi madrecita, y saborear la excelente cocina de mi madrecita...

ELENA.—Querido mío.

OSWALDO. (*Se levanta, pasea y fuma con alguna impaciencia.*)—¿Y qué hacer aquí sin eso? No puedo ponerme á trabajar.

ELENA.—¿No? ¿No podrías?

OSWALDO.—¿Tan oscuro como está? ¿Sin un rayo de sol en todo el día? (*Paseando agitadamente.*) ¡Oh! ¡Qué suplicio no poder trabajar!...

ELENA.—¿Te habrás precipitado un poco al volver aquí?

OSWALDO.—No, madre, era preciso.

ELENA.—Es que mejor querría cien veces seguir privada de la felicidad de tenerte conmigo que verte...

OSWALDO. (*Parándose delante de la mesa.*)—Pero... dime, madre, ¿de veras es tan gran felicidad para ti tenerme á tu lado?

ELENA.—¡Sí es una felicidad!

OSWALDO. (*Estrujando un periódico.*)—Me parece que te debería ser indiferente hasta cierto punto el que yo existiese ó no.

ELENA.—¿Y tienes alma para decir eso á tu madre, Oswaldo?

OSWALDO.—Pues tú has podido vivir sin mí hasta ahora perfectamente.

ELENA.—Sí, he podido vivir sin ti, es cierto...

(*Pausa. Oscurece poco á poco. Oswaldo pasea precipitadamente. Deja el cigarrero.*)

OSWALDO. (*Deteniéndose delante de Elena.*)—Madre, ¿puedo sentarme en el sofá junto á ti?

ELENA. (*Haciéndole sitio.*)—Sí, ven, ven, querido mío.

OSWALDO. (*Sentándose.*)—Ahora tengo que decirte una cosa, madre.

ELENA. (*Prestando atención.*)—¿Qué?

OSWALDO. (*Mirando fijamente en frente de sí.*)—No puedo tenerlo más tiempo sobre mi corazón.

ELENA.—¿Tener el qué? ¿Qué hay?

OSWALDO. (*Mirando en frente, como antes.*)—No he podido resolverme á escribirte sobre el particular, y desde mi regreso...

ELENA. (*Cogiéndole del brazo.*)—¡Pero qué es, Oswaldo!

OSWALDO.—Ayer y hoy he procurado librarme de mis pensamientos... des-
echarlos. Inútil.

ELENA. (*Levantándose bruscamente.*)—Oswaldo, vas á decírmelo todo.

OSWALDO. (*Obligándola á sentarse de nuevo.*)—Quédate aquí. Probaré. Me he quejado de una fatiga causada por el viaje...

ELENA.—Bien... ¿y...?

OSWALDO.—Y no es eso, ó, mejor, no es una fatiga ordinaria...

ELENA. (*Intentando levantarse otra vez.*)—¿Pero no estarás enfermo, Oswaldo?

OSWALDO. (*Obligándola á sentarse nuevamente.*)—No te muevas, madre. Oye-me con calma. Lo que yo tengo no es una enfermedad, lo que se llama generalmente una enfermedad. (*Cruzando las manos sobre la cabeza.*) ¡Madre! ¡Yo estoy quebrantado de espíritu, soy hombre perdido!... ¡Jamás podré trabajar!

(*Ocultando la cara con las manos, cae*

de rodillas delante de su madre y prorrumpe en sollozos.)

ELENA. (*Pálida y temblorosa.*)—¡Oswaldo! ¡Mírame! ¡No, no, nada de eso es verdad!

OSWALDO. (*Mirándola con desesperación.*)—¡No volver á trabajar jamás! ¡jamás...! ¡jamás! ¡Ser un muerto en vida! Madre, ¿puedes figurarte tú ese horror?

ELENA.—¡Pobre hijo mío! Pero ¿de qué viene ese horror? ¿Cómo ha llegado á dominarte?

OSWALDO.—¡Ah! Es precisamente lo que no me explico. Yo no he llevado jamás una vida borrascosa en ningún sentido; puedes creerme, madre. Soy sincero.

ELENA.—Pero si no lo dudo, Oswaldo.

OSWALDO.—El caso es que me encuentro así... ¡Una desgracia tan terrible!

ELENA.—¡Oh! todo eso se disipará, hijo de mi alma. No es más que un exceso de trabajo, créelo.

OSWALDO. (*Sordamente.*)—Eso me figuraba también al principio; pero es otra cosa.

ELENA.—Cuéntamelo todo, punto por punto.

OSWALDO.—Es lo que me propongo.

ELENA.—¿Cuándo notaste eso por primera vez?

OSWALDO.—Desde que llegué á París, después de mi última estancia acá. Empecé por sentir unos dolores de cabeza violentísimos, especialmente en el occipucio; parecía como si me hubiesen metido el cráneo en un anillo de hierro desde la nuca hasta la coronilla.

ELENA.—¿Y qué más?

OSWALDO.—Creía que era el dolor de cabeza que me hizo sufrir tanto en la época del crecimiento.

ELENA.—Sí, sí.

OSWALDO.—Pero no era eso. No tardé en convencerme. Me fué imposible trabajar. Quise empezar un gran cuadro, y me encontré como sin facultades. Todas mis fuerzas estaban como paralizadas; no podía concentrarme y llegar á ver imágenes fijas. Todo giraba en torno mío, como si hubiese estado poseído de vértigo. ¡Fué una situación terrible! Al fin mandé llamar al médico, y por él lo supe todo.

ELENA.—¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—Era uno de los grandes médicos de allá. Tuve que especificarle lo que sentía, y él me hizo luego una porción de preguntas que, á mi juicio, no tenían nada que ver con mi estado; yo no adivinaba á dónde quería ir á parar.

ELENA.—Sigue.

OSWALDO.—Acabó por decirme: V. tiene algo *vermoulu* desde su nacimiento; es la palabra francesa que usó.

ELENA. (*Escuchando con atención concentrada.*)—¿Qué quería decir?

OSWALDO.—Es cabalmente lo que yo no comprendía; así que le rogué que se explicase con más claridad. Entonces dijo el cinico del viejo... (*Cerrando el puño.*) ¡Oh!...

ELENA.—¿Dijo?

OSWALDO.—Los hijos pagan los pecados de los padres.

ELENA. (*Levantándose lentamente.*)—¡Los pecados de los padres...!

OSWALDO.—Ganas me daban de abofetearlo.

ELENA. (*Atrevesando la escena.*)—Los pecados de los padres...

OSWALDO. (*Con forzada sonrisa.*)—Sí. ¿Qué te parece? Naturalmente, yo le aseguré que, por lo que hace á mí, no había que pensar en tal cosa. ¿Crees que se desdijo? Nada de eso, sostuvo su afirmación; y hasta que cogí tus cartas y le traduje los pasajes referentes á padre...

ELENA.—¿Qué?

OSWALDO.—Que entonces no tuvo más remedio que confesar que erraba el camino. ¡Y de ese modo supe la verdad, la incomprensible verdad! Esa desdichada existencia de joven, esos tratos alegres... hubiese debido abstenerme de tales cosas. Había abusado de mis fuerzas. ¡De manera que por mi propia culpa...!

ELENA.—¡No, Oswaldo! ¡No lo creas!

OSWALDO.—No había otra explicación posible, según dijo. He ahí lo más afrentoso. ¡Perdido irremediadamente para toda la vida por mi propio aturdimiento! Todo lo que hubiese podido hacer en este mundo... ¡ni intentar pensarlo, ni intentar soñarlo siquiera! ¡Oh! ¡Que no pueda yo revivir! ¡Que no pueda yo hacer que todo eso no hubiese pasado! (*Se deja caer de cara al sofá. Elena se retuerce las manos y recorre la escena en una lucha muda consigo misma. Oswaldo, después de un instante, levantándose á medias y permaneciendo de codos, continúa*): ¡Todavía si fuese una herencia, una cosa contra la cual hubiese sido yo impotente!... ¡Pero

así! ¡Disipar uno con tal ligereza, de una manera tan necia y vergonzosa su propia felicidad, su propia salud, todo... el porvenir, la vida...!

ELENA.—¡No, no, querido hijo, es imposible! (*Se inclina hacia él.*) El caso no es tan desesperado como tú crees.

OSWALDO.—¡Ah! Tú no sabes... (*Levantándose de una sacudida.*) Y toda esta pena, madre, toda esta pena que te causo. Más de una vez he deseado que en el fondo te preocupases menos de mí, y casi lo he supuesto.

ELENA.—¡Yo, Oswaldo! ¡Mi único hijo! Lo más precioso que tengo en el mundo, mi única preocupación.

OSWALDO. (*Cogiendo las manos de su madre y cubriéndolas de besos.*)—Sí, sí, ya lo veo, madre, cuando estoy en casa, ya lo veo. Y es otra de las cosas que más me pesan... Pero ahora ya lo sabes todo, y no volveremos á hablar de ello por hoy. No puedo pensar en esto mucho tiempo seguido. (*Se dirige hacia el fondo.*) Que me den algo de beber, madre.

ELENA.—¿De beber? ¿Qué quieres beber á estas horas?

OSWALDO.—¡Eh! Cualquier cosa. Tú tienes en casa ponche frío.

ELENA.—Sí, pero mi querido Oswaldo...

OSWALDO.—No te opongas á esto, madre. Sé amable. Necesito algo con que ahogar todos los pensamientos que me consumen. (*Entra en el invernadero.*) ¡Y, para colmo, esta oscuridad que reina aquí!

(*Elena tira del cordón de la campanilla que está á la derecha.*)

OSWALDO. — ¡Y esta lluvia continua! Una semana tras otra, y meses enteros sin parar. ¡Ni un rayo de sol nunca! De todas las veces que he estado en casa no recuerdo una en que haya hecho sol.

ELENA. — Oswaldo, tú piensas abandonarme.

OSWALDO. (*Suspirando profundamente.*) — Yo no pienso en nada. No puedo pensar en nada. (*Bajando la voz.*) No hay cuidado.

REGINA. (*Saliendo del comedor.*) — ¿Ha llamado la señora?

ELENA. — Sí, traiga V. la lámpara.

REGINA. — En seguida, señora. Está encendida. (*Vase.*)

ELENA. (*Acercándose á Oswaldo.*) — Oswaldo, no disimules conmigo.

OSWALDO. — No te oculto nada, madre. (*Aproximándose á la mesa.*) Me parece que te he hecho no pocas confesiones...

(*Entra Regina con la lámpara y la pone en la mesa.*)

ELENA. — Oye, Regina, ve por una botella pequeña de champaña.

REGINA. — Sí, señora. (*Sale.*)

OSWALDO. (*Estrechando la cabeza de Elena.*) — Eso sí que está bien. Ya sabía yo que mi madrecita no consentiría que su hijo tuviese sed.

ELENA. — ¡Pobrecito Oswaldo! ¿Cómo podría yo negarte nada ahora?

OSWALDO. (*Con viveza.*) — ¿Es de veras, madre? ¿Lo dices en serio?

ELENA. — ¿Cómo? ¿El qué?

OSWALDO. — ¿Que no tienes nada que negarme?

ELENA. — Pero, mi querido Oswaldo...

OSWALDO. — ¡Cht!

REGINA. (*Dejando en la mesa una bandeja con una botella pequeña de champaña.*) — ¿He de destapar?

OSWALDO. — Gracias, voy á hacerlo yo.

(*Vase Regina.*)

ELENA. (*Sentándose á la mesa.*) — ¿Qué hay, pues, que no debería negarte yo? ¿En qué pensabas?

OSWALDO. (*Ocupado en abrir la botella.*) — Ante todo uno... ó dos vasos.

(*Hace saltar el tapón, llena un vaso, y quiere llenar otro.*)

ELENA. (*Sujetándole la mano.*) — Gracias... yo no tomo.

OSWALDO. — Entonces será para mí.

(*Bebe un vaso, y lo vuelve á llenar y á vaciar. Después se sienta á la mesa.*)

ELENA. (*Esperando que hable.*) — ¿Conque...?

OSWALDO. (*Sin mirarla.*) — Oye: me ha llamado la atención cómo estabais en la mesa tú y el pastor Manders... tan callados los dos...

ELENA. — ¿Notaste tú eso?

OSWALDO. — Sí. (*Después de una pausa.*) Dime... ¿qué piensas de Regina?

ELENA. — ¿Que qué pienso?

OSWALDO. — Sí. ¿Verdad que es soberbia?

ELENA. — Mi querido Oswaldo, tú no la conoces como yo.

OSWALDO. — ¿Eso quiere decir...?

ELENA. — Regina, desgraciadamente,

ha permanecido demasiado tiempo en su casa; debí recogerla más pronto.

OSWALDO.—Bien, pero ¿no es soberbia, madre?

(*Llena el vaso.*)

ELENA.—Regina tiene muchos y muy grandes defectos...

OSWALDO.—¿Y eso qué?

(*Bebe.*)

ELENA.—Pero no por eso le tengo menos cariño; y soy responsable de ella. Por nada de este mundo querría que le sucediese ninguna cosa.

OSWALDO. (*Levantándose de un salto.*) —¡Madre, Regina es mi única salvación!

ELENA.—¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—Yo no puedo continuar soportando á solas este tormento.

ELENA.—¿No tienes á tu madre para soportarlo contigo?

OSWALDO.—Así lo creía, y por eso he venido. Pero ya veo que las cosas no podrán seguir de este modo. Yo no podré pasar aquí toda mi existencia.

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO.—Yo tengo que vivir de otro modo, madre. He ahí por qué es preciso que te deje. Yo no quiero que tengas siempre este espectáculo delante de los ojos.

ELENA.—¡Infeliz hijo! Pero mientras estés tan enfermo, Oswaldo...

OSWALDO.—Si no fuese más que la enfermedad, me quedaría contigo, madre, porque tú eres el mejor amigo que tengo en el mundo.

ELENA.—¿Verdad que sí, Oswaldo? ¡Di!

OSWALDO. (*Yendo de un lado para otro con desasosiego.*)—Pero son además todos estos tormentos, todos estos remordimientos interiores... y por remate esta gran angustia, esta angustia mortal. ¡Oh!... ¡Esta horrible angustia!

ELENA. (*Yendo detrás de él.*)—¿Angustia? ¿Qué angustia? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO.—¡Ah! No me preguntes más sobre eso. No sé, no puedo describirtela.

(*Elena pasa á la derecha y tira del cordón de la campanilla.*)

OSWALDO.—¿Qué quieres?

ELENA.—Quiero que mi hijo esté alegre, ¡eso! Es menester que no vea negras todas las cosas. (*A Regina que aparece en la puerta.*) ¡Más champaña! Ahora una botella grande.

(*Vase Regina.*)

OSWALDO.—¡Madre!

ELENA.—¿Crees tú que nosotros no sabemos vivir aquí?

OSWALDO.—¿No tiene esa muchacha una estampa soberbia? ¡Vaya unas formas! Y rebosando salud por todas partes.

ELENA. (*Sentándose á la mesa.*)—Ven-te aquí, Oswaldo, y hablemos tranquilamente.

OSWALDO. (*Sentándose.*)—¿No sabes, madre, que yo tengo que reparar una falta cometida con Regina?

ELENA.—¿Tú?

OSWALDO.—O, si prefieres, una ligera imprudencia, y muy inocente. La última vez que estuve aquí...

ELENA.—¿Qué pasó la última vez?

OSWALDO.—Me hizo mil preguntas sobre París, y le conté qué sé yo cuántas cosas. Después recuerdo que un día acerté á decirle: «¿No le gustaría á V. ir allá?»

ELENA.—¿Y ella?...

OSWALDO.—Se puso como la grana, y me dijo: «Sí, me gustaría muchísimo.»—«Bien, le respondí, está bien, puede que haya un medio de satisfacer su deseo.»

ELENA.—¿Y qué más?

OSWALDO.—Naturalmente, me había olvidado de todo; pero anteayer le pregunté si estaba contenta del mucho tiempo que yo iba á permanecer aquí...

ELENA.—¿Y qué respondió?

OSWALDO.—Me miró de una manera singular, diciéndome: «¡Sepamos...! ¿Y mi viaje á París?»

ELENA.—¿Su viaje?

OSWALDO.—Entonces vi que había tomado la cosa en serio, que había estado pensando en mí toda esta temporada, y que se había puesto á aprender el francés.

ELENA.—¡Ya! Por eso...

OSWALDO.—¡Madre! Al ver esa soberbia muchacha, tan linda, tan llena de salud—jamás me había fijado hasta entonces,—al verla, puede decirse, con los brazos abiertos, dispuesta á recibirme...

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO.—... Comprendí que era la salvación. Lo que yo veía en mi presencia era la alegría de vivir.

ELENA. (*Asombrada.*)—¿La alegría de vivir...? ¿Esa es, pues, la salvación?

REGINA. (*Presentándose en el umbral, con una botella en la mano.*)—Dispénsenme Vds. si he tardado tanto, pero he tenido que bajar á la bodega.

OSWALDO.—Denos V. otro vaso.

REGINA. (*Mirándolo con asombro.*)—Aquí tiene V. el vaso de la señora, señorito.

OSWALDO.—Sí, pero un vaso para ti, Regina.

(*Regina se estremece y mira tímidamente á su señora.*)

OSWALDO.—¿Vamos?

REGINA. (*Perpleja y bajando la voz.*)—¿Lo permite la señora?

ELENA.—Vé por el vaso, Regina.

(*Regina pasa al comedor.*)

OSWALDO. (*Siguiéndola con los ojos.*)—¿Has reparado en su manera de andar? ¡Tan firme y tan resuelta!

ELENA.—¡Eso no puede ser, Oswaldo!

OSWALDO.—Está decidido. Ya lo ves: es inútil contradecirme.

(*Entra Regina con un vaso, que conserva en la mano.*)

OSWALDO.—Siéntate, Regina.

(*Regina interroga á su señora con la mirada.*)

ELENA.—Siéntate.

(*Regina se sienta en una silla cerca de la puerta del comedor, y conserva en la mano el vaso vacío.*)

ELENA.—Oswaldo... ¿qué me decías de la alegría de vivir?

OSWALDO.—¡Oh, madre, la alegría de vivir...! En nuestra tierra apenas la conocéis. Yo no la siento aquí jamás.

ELENA.—¿Ni aun estando en casa?

OSWALDO.—Ni aun estando en casa. Pero tú no me comprendes.

ELENA.—Sí, ahora creo interpretar tu idea.

OSWALDO.—¡La alegría de vivir... y luego la alegría de trabajar! ¡Eh! En el fondo es lo mismo. Pero también desconocéis aquí esa alegría.

ELENA.—Puede que tengas razón. Sigue hablándome de eso, Oswaldo.

OSWALDO.—Mira, yo pienso sencillamente que aquí se enseña á mirar el trabajo como un azote de Dios, como un castigo de nuestros pecados, y la vida como una cosa miserable, de que urge librarse cuanto más pronto.

ELENA.—Sí, un valle de lágrimas. Y la verdad es que hacemos todo lo posible porque sea así.

OSWALDO.—Pues allá no se quiere saber nada de esas cosas. Allá esa clase de enseñanzas no encuentra creyentes. Allá puede uno sentirse lleno de alegría y de felicidad, por la sencilla razón de que se vive. Madre, ¿no has notado tú que todo lo que he pintado gira en torno de la alegría de la vida? Por todas partes y siempre la alegría de la vida. Allá todo es luz, sol, regocijo, y los semblantes humanos brillan de placer. Por eso me asusta permanecer aquí.

ELENA.—¿Te asustas? ¿Y de qué te asustas en casa?

OSWALDO.—De que todo lo que fer-

menta en mi interior se transforme aquí en mal.

ELENA. (*Mirándolo fijamente.*)—¿Crees eso posible?

OSWALDO.—Absolutamente seguro. Aunque yo tratase de llevar en casa idéntica vida que allá, no sería lo mismo.

ELENA. (*Que ha escuchado con atención creciente, se levanta y fija en su hijo una mirada profunda y pensativa.*)—¡Ahora lo comprendo todo!

OSWALDO.—¿El qué?

ELENA.—Es la primera vez que veo la verdad y ahora puedo hablar.

OSWALDO. (*Levantándose.*)—No te entiendo, madre.

REGINA. (*Se ha levantado también.*)—¿Debo marcharme?

ELENA.—No, quédate. Ahora puedo hablar. Ahora, hijo mío, vas á saberlo todo, y después tomarás una determinación. ¡Oswaldo! ¡Regina!

OSWALDO.—Silencio. El Pastor...

EL PASTOR. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¡Bueno! Hemos tenido una de esas reunioncitas que ensanchan el alma.

OSWALDO.—Nosotros también.

EL PASTOR.—Hay que ayudar á Engstrand en eso del albergue de los marinos. Es menester que Regina se vaya con él y le preste su concurso.

REGINA.—No, gracias, señor Pastor.

EL PASTOR. (*Que no había reparado en ella todavía.*)—¿Qué...? ¡Aquí...! ¡Y con un vaso en la mano!

REGINA. (*Apresurándose á dejar el vaso.*)—Vds. perdonen...

OSWALDO.—Regina se viene conmigo, señor pastor.

EL PASTOR.—¡Que se va! ¿Con V.?

OSWALDO.—Sí, en calidad de esposa... si lo exige.

EL PASTOR.—Pero ¡misericordia!...

REGINA.—Yo no puedo hacer nada... señor Pastor.

OSWALDO.—O se queda aquí, si yo me quedo.

REGINA. (*Involuntariamente.*)—¡Aquí!

EL PASTOR.—Me deja V. atónito, doña Elena.

ELENA.—No sucederá nada de eso, porque ahora puedo decirlo todo.

EL PASTOR.—¡Pero no querrá V.! ¡No, no, no!

ELENA.—Puedo y quiero. Tranquilícese V., no habrá ningún ideal destruido.

OSWALDO.—¿Qué se me oculta aquí, madre?

REGINA. (*Escuchando.*)—¡Señora! ¡Oiga V.! Hay gente fuera; gritan.

(*Pasa al invernadero y mira por la ventana.*)

OSWALDO. (*En la ventana de la izquierda.*)—¿Qué pasa? ¿De qué procede ese resplandor?

REGINA. (*Profiriendo un grito.*)—¡Es que está ardiendo el asilo!

ELENA. (*A la ventana.*)—¡Ardiendo!

EL PASTOR.—¿Ardiendo? Imposible. Vengó de allí.

OSWALDO.—¿Dónde está mi sombrero? ¡Ah! Poco importa... ¡El asilo de mi padre!

(*Sale corriendo por la puerta que da al mar.*)

ELENA.—¡Mi chal, Regina! ¡Todo está envuelto en llamas!

EL PASTOR.—¡Es espantoso! Señora, ¡es el castigo que cae sobre este lugar de perdición.

ELENA.—Sí, sí, seguramente. Ven, Regina.

(*Se precipita, seguida de Regina, por la puerta del vestíbulo.*)

EL PASTOR. (*Juntando las manos.*)—¡Y sin asegurar!

(*Vase detrás de ellas.*)

ACTO TERCERO

La misma decoración. Todas las puertas abiertas. La lámpara sigue encendida encima del velador. Fuera reina aún la oscuridad de la noche; no se ve más que un débil resplandor en el fondo del paisaje, á la izquierda.

(Elena, envuelta en su chal, mira por una ventana del invernadero. Regina, con chal también, se encuentra detrás á corta distancia.)

ELENA.—Todo ha ardido. Se ha destruido todo.

REGINA.—Aún hay fuego en los cimientos.

ELENA.—¡Y Oswaldo sin volver! No hay nada que salvar, sin embargo.

REGINA.—¿Iré á llevarle el sombrero?

ELENA.—¿No tiene sombrero siquiera?

REGINA. (*Señalando con el dedo hacia el vestíbulo.*)—No, señora; véalo V. en la percha.

ELENA.—Déjalo ahí. No puede tardar en volver. Voy á ver yo misma.

(*Vase por la puerta que da al mar.*)

EL PASTOR. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¿No está la señora?

REGINA.—Acaba de salir hacia la playa.

EL PASTOR.—Es la noche más terrible que he pasado en mi vida.

REGINA.—Sí. ¿No es una desgracia horrible, señor Pastor?

EL PASTOR.—¡Oh! No me hable V. de eso. Apenas puedo pensarlo.

REGINA.—Pero, ¿cómo ha empezado el fuego?

EL PASTOR.—¡No me pregunte V. nada! ¿Lo sé yo? ¿Es que quiere V. también...? ¿No basta que su padre...?

REGINA.—¿Qué ha hecho?

EL PASTOR.—¡Oh! Me volverá del revés la cabeza.

ENGSTRAND. (*Entrando por la puerta del vestíbulo.*)—¡Señor pastor...!

EL PASTOR. (*Volviéndose con espanto.*)—¿Cómo? ¿Me persigue V. hasta aquí?

ENGSTRAND.—¡Sí; que el cielo me confunda!... ¡Jesús, lo que digo! Pero todas sus lamentaciones de V. no sirven de nada, señor pastor.

EL PASTOR.—¿Qué hay?

ENGSTRAND.—¡Ah! Mira tú; todo se debe á esa reunión piadosa. (*Aparte á Regina.*) ¡Esta es la nuestra, hija! (*Alto.*) ¿De modo que yo tengo la culpa de que el señor pastor haya...?

EL PASTOR.—Pero yo le aseguro á V., Engstrand...

ENGSTRAND.—Nadie ha tocado á las luces más que el señor pastor.

EL PASTOR. (*Deteniéndose.*)—Sí, eso dice V.; pero yo no recuerdo haber tenido una luz en la mano.

ENGSTRAND.—Y yo que vi perfectamente al señor pastor despabilar una vela con los dedos, y tirar el pábilo en el serrín.

EL PASTOR.—¿V. ha visto eso?

ENGSTRAND.—Perfectamente.

EL PASTOR.—No lo entiendo. Sobre que yo no he tenido jamás la costumbre de despabilar las velas con los dedos.

ENGSTRAND.—Sí, aquello no parecía bien. Pero, ¿es realmente una costumbre peligrosa, señor pastor?

EL PASTOR. (*Paseándose con desasosiego.*)—¡Que no me pregunte V. hombre!

ENGSTRAND. (*Siguiéndole.*)—Y, para que nada falte, ¿no había tomado seguro el señor pastor?

EL PASTOR. (*Sin dejar de andar.*)—No, no y no; lo sabe V. de sobra.

ENGSTRAND. (*Siguiéndole.*)—¡Sin seguro! ¡Vamos, que prenderse fuego así!... ¡Jesús, Jesús, qué desgracia!

EL PASTOR. (*Limpiándose la frente.*)—¡Ah! Bien puede V. decirlo.

ENGSTRAND.—¡Y que eso pase con un establecimiento de beneficencia, que debía ser útil á la ciudad y á sus arrabales, como suele decirse! Mucho me temo que los periódicos no traten como es debido al señor pastor.

EL PASTOR.—No, en eso estoy pensando precisamente. Es, quizá, lo más doloroso... ¡Todos esos ataques abominables, todas esas acusaciones... ¡Ah! ¡Es terrible pensarlo!

ELENA. (*Entrando por la puerta que da á la playa.*)—No es posible hacer que abandone el fuego.

EL PASTOR.—¡Ah! ¿Está V. ahí, señora?

ELENA.—V. siquiera se ha librado del discurso inaugural, pastor Manders.

EL PASTOR.—¡Oh! Yo hubiese tenido tanto gusto...

ELENA. (*Con voz sorda.*)—Más vale que haya sido así. De ese asilo no podía salir nada bueno.

EL PASTOR.—¿V. cree...?

ELENA.—¿Lo duda?

EL PASTOR.—De todos modos, es una inmensa desgracia.

ELENA.—Expliquémonos en algunas palabras sobre este asunto, como sobre una cuestión de intereses... ¿Espera V. al pastor, Engstrand?

ENGSTRAND. (*Cerca de la puerta del vestíbulo.*)—Sí, señora; estoy esperándolo.

ELENA.—Entonces siéntese V.

ENGSTRAND.—Gracias; estoy muy bien de pié.

ELENA. (*Al Pastor.*)—¿V. tomará el vapor probablemente?

EL PASTOR.—Sí, dentro de una hora.

ELENA.—En ese caso, tenga V. la bondad de llevarse todos los papeles. No quiero volver á oír una palabra de este asunto. En este instante me dominan otras preocupaciones.

EL PASTOR.—Señora...

ELENA.—Más tarde le enviaré á V. plenos poderes para terminar como á V. le parezca.

EL PASTOR.—Lo haré con la mayor

voluntad. La disposición primera del testamento es ya, por desgracia, completamente inaplicable.

ELENA.—Dicho se está.

EL PASTOR.—Por el pronto, pienso hacer este arreglo: el cercado de Solvik, pertenecerá á la localidad. La tierra no carece de valor: siempre podrá servir para algo. En cuanto á la renta del capital que queda en la Caja de Ahorros, quizá podré emplearlo convenientemente en beneficio de la población.

ELENA.—Será lo que V. quiera. Hoy todo eso me es completamente indiferente.

ENGSTRAND.—Piense V. en mi refugio para los marinos, señor pastor.

EL PASTOR.—Sí, puede ser; es una idea. Veremos. Hay que reflexionar.

ENGSTRAND.—No, caramba; ¡qué reflexión!... (*Reportándose.*) ¡Ave María purísima!

EL PASTOR. (*Suspirando.*)—Y luego, yo no sé desgraciadamente hasta cuánto tendré que ocuparme de estos asuntos, y si la opinión pública no me obligará á retirarme. Todo depende del resultado de la información.

ELENA.—¿Qué dice V.?

EL PASTOR.—Y el resultado no es posible preverlo.

ENGSTRAND. (*Acercándose á él.*)—V. perdone, si que se puede prever. No olvide que está aquí Jacobo Engstrand.

EL PASTOR.—Sí, sí, pero...

ENGSTRAND. (*Más bajo.*)—Jacobo Engstrand no es hombre que abandona á un bienhechor generoso en la hora del peligro, como se dice.

EL PASTOR. — Sí, querido; pero ¿cómo...?

ENGSTRAND. — ¡Jacobo Engstrand es, por decirlo así, como el ángel de la salvación, señor Pastor!

EL PASTOR. — No, no, lo que es eso no podré consentirlo de ningún modo.

ENGSTRAND. — Y, sin embargo, así será. Yo sé de uno que ya ha cargado en cierta ocasión con la falta de otra persona.

EL PASTOR. — ¡Jacobo! (*Le estrecha la mano.*) Es V. un hombre raro. ¡Vamos! Se hará lo que sea preciso por el asilo de V. Cuento con ello.

ENGSTRAND. (*Quiere dar las gracias, pero la emoción ahoga su voz.*)

EL PASTOR. (*Terciándose la bolsa de viaje.*) — ¡Y ahora andando! Los dos nos vamos juntos.

ENGSTRAND. (*Aparte á Regina, que está cerca de la puerta del comedor.*) — Vente conmigo, chiquilla; estarás como una reina.

REGINA. (*Moviendo la cabeza.*) — ¡Gracias!

(*Pasa al vestíbulo y da al Pastor la maleta.*)

EL PASTOR. — ¡Adiós, señora! Y quiera el cielo que penetre pronto en esta morada el espíritu de orden y de regularidad.

ELENA. — ¡Adiós, Manders!

(*Se dirige al invernadero, al ver entrar á Oswaldo por la puerta exterior.*)

ENGSTRAND. (*Secundado por Regina, ayuda al Pastor á ponerse el abrigo.*) — Adiós, hija mía; y, si te ocurre algu-

na cosa, ya sabes dónde encontrar á Jacobo Engstrand. (*Aparte.*) ¡Callejuela del Puerto, jem!... (*A Elena y Oswaldo.*) Y la casa de los marinos se llamará el «Asilo del gentilhombre Alving...» ¡así! Y, si consigo dirigir esa casa como pienso, puede asegurarse que será digna del difunto señor gentilhombre.

EL PASTOR. (*En la puerta.*) — ¡Hum! Vamos, querido Engstrand. ¡Adiós, adiós!

(*Engstrand y él vanse por el vestíbulo.*)

OSWALDO. (*Acercándose á la mesa.*) — ¿Qué casa es esa de que hablaba?

ELENA. — Una especie de asilo que quieren fundar él y el pastor Manders.

OSWALDO. — Arderá como éste.

ELENA. — ¿De dónde sacas eso?

OSWALDO. — Va á arder todo. No va á quedar nada que recuerde la memoria de mi padre. Y yo también me abraso.

(*Regina lo mira asombrada.*)

ELENA. — ¡Oswaldo! No debiste estar allá tanto tiempo, ¡pobre hijo mío!

OSWALDO. (*Sentándose á la mesa.*) — Creo que tienes razón.

ELENA. — Déjame enjugarte la cara; estás completamente mojado.

(*Se la limpia con su pañuelo.*)

OSWALDO. (*Paseando una mirada indiferente.*) — Gracias, madre.

ELENA. — ¿No estás cansado? ¿Querías dormir quizá?

OSWALDO. (*Con angustia.*) — No, no... ¡no quiero dormir! Yo no duermo nun-

ca; hago que duermo. (*Con voz sorda.*) Pronto me llegará la hora.

ELENA. (*Mirándolo con inquietud.*)—¡Ah! ¿De modo que estás malo de veras, bendito mío?

REGINA. (*Prestando atención.*)—¿Está malo el Sr. Alving?

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)—¡Y esas puertas! ¡Cerradlas todas! Esta angustia mortal...

ELENA. — Cierra, Regina.

(Regina cierra y se queda en la puerta del vestíbulo. Elena se quita el chal. Regina hace otro tanto.)

ELENA. (*Aproximando una silla y sentándose al lado de Oswaldo.*)—Ya ves: me vengo junto á ti.

OSWALDO.—¡Sí, eso es! Y que no se vaya Regina. Regina tiene que estar siempre á mi lado. Tú acudirás en mi auxilio, ¿verdad, Regina?

REGINA.—No comprendo...

ELENA.—¿En tu auxilio?

OSWALDO.—Sí... cuando haga falta.

ELENA.—Oswaldo, ¿no está aquí tu madre para volar en tu ayuda?

OSWALDO. — ¿Tú? (*Sonriendo.*) No, madre; tú no puedes prestarme ese auxilio. (*Con sonrisa forzada.*) ¡Tú! ¡Ja, ja! (*La mira gravemente.*) Y la verdad es que ese era tu papel. (*Con violencia.*) ¿Por qué no me tuteas, Regina? ¿Por qué no me llamas Oswaldo?

REGINA. (*En voz baja.*)—Creo que no le gustará á la señora.

ELENA.—Dentro de poco tendrás ese derecho. Ahora ponte junto á nosotros tú también...

(Regina se sienta en silencio y con alguna vacilación al otro lado de la mesa.)

ELENA.—Ahora, pobre hijo mío, quiero quitarte el peso que tienes sobre tu alma.

OSWALDO.—¿Tú, madre?

ELENA.—Sí: todo lo que tú llamas penas, remordimientos y arrepentimiento...

OSWALDO.—¿Y crees que alcanzará á tanto tu poder?

ELENA.—Sí, Oswaldo, estoy segura. Cuando hace un momento hablabas de la alegría de vivir, lo he visto claro: todo, y he contemplado bajo un nuevo aspecto mi vida entera.

OSWALDO. (*Moviendo la cabeza.*)—No comprendo nada.

ELENA.—¡Ah! Si hubieses conocido á tu padre cuando era todavía un jovencuelo teniente... ¡La alegría de vivir! El parecía personificarla...

OSWALDO.—Sí, ya sé.

ELENA.—Comunicaba la alegría, difundía el regocijo en torno de sí. Y luego ¡aquella fuerza indomable, aquella plenitud de vida que poseía!

OSWALDO.—Bien, ¿pero...?

ELENA.—Y he aquí que aquel alegre niño—porque era como un niño en esa época—llega á establecerse en una modesta población con pretensiones de gran ciudad, que no podía depararle ningún goce íntimo, sino sólo placeres sensuales. Se encontró sin un objetivo que alcanzar, sin más que un empleo. Ningún trabajo en que poder ocupar todo su espíritu; nada más que negocios. Ni un solo amigo capaz de sentir lo que es la alegría de vivir, sino única-

mente compañeros de ociosidad y de orgía.

OSWALDO.—¡Madre...!

ELENA.—Sucedió lo que debía suceder.

OSWALDO.—¿Y qué debía suceder?

ELENA.—Tú mismo lo decías hace poco, al anunciar lo que sería de ti, si permanecieses en casa.

OSWALDO.—¿Quieres decir con eso que mi padre...?

ELENA.—Tu pobre padre no encontró jamás un desahogo para aquella alegría de vivir que le rebosaba. Yo tampoco llevé la serenidad á su hogar.

OSWALDO.—¿Tú tampoco?

ELENA.—Yo había recibido algunas enseñanzas en que no se hablaba más que de deberes y de obligaciones, y en ese sentido he vivido mucho tiempo. Toda la existencia se resumía en deberes—mis deberes, sus deberes, etc.;—temo haber hecho insoportable la casa á tu pobre padre, Oswaldo.

OSWALDO.—¿Cómo no me has hablado de eso nunca en tus cartas?

ELENA.—Porque hasta este día nunca he creído posible confesártelo todo á ti, á su hijo.

OSWALDO.—¿Y hoy has comprendido...?

ELENA. (*Lentamente.*)—Yo no vi más que una cosa, y es: que tu padre era hombre perdido antes de tu nacimiento.

OSWALDO. (*Con voz sorda.*)—¡Ah!...

(*Se levanta, y se acerca á la ventana.*)

ELENA.—Y después reflexioné que Regina pertenecía á esta casa... con

el mismo derecho que mi propio hijo.

OSWALDO. (*Volviéndose precipitadamente.*)—¡Regina...!

REGINA. (*Estremeciéndose y con voz contenida.*)—¡Yo...!

ELENA.—Ahora los dos lo sabéis todo.

OSWALDO.—¡Regina!

REGINA. (*Hablandose á sí misma.*)—De modo que mi madre era una...

ELENA.—Tu madre, Regina, tenía muchas cualidades buenas.

REGINA.—Sí, pero lo era de todos modos. ¡Oh! Bien me lo decía yo á veces; sólo que... ¡Vaya, señora! ¿Me permite V. marcharme en seguida?

ELENA.—¿De veras querrias irte, Regina?

REGINA.—Lo quiero, sí.

ELENA.—Eres libre, naturalmente; pero...

OSWALDO. (*Adelantándose hacia Regina.*)—¿Quieres irte ahora que estás aquí en tu casa?

REGINA.—*Gracias*, señor Alving... Es verdad, ahora puedo decir Oswaldo, pero no precisamente de la manera que yo pensaba.

ELENA.—Regina, no he sido franca contigo.

REGINA.—Verdaderamente que no, no puede decirse tal cosa. Si yo hubiera sabido que Oswaldo estaba enfermo, y que no podía haber nada serio entre nosotros... No, yo no voy á consumirme aquí cuidando enfermos.

OSWALDO.—¿Qué? ¿Ni aun por un hombre tan allegado á ti?

REGINA.—No, no puedo. Una muchacha pobre tiene que emplear su

juventud... de otro modo; podría encontrarse algún día sin casa y sin hogar. Y yo también deseo disfrutar de la vida, señora.

ELENA.—¡Ay, sí! Pero no vayas á perderte, Regina.

REGINA.—¡Bah! Si me pierdo, será que estaba de Dios. Si Oswaldó se parece á su padre, supongo que yo debo parecerme á mi madre... ¿Puedo preguntar á la señora si el pastor Manders está enterado de lo que se refiere á mí?

ELENA.—El pastor Manders lo sabe todo.

REGINA. (*Poniéndose el chal.*)—Entonces necesito darme prisa para alcanzar el vapor. Es tan fácil entenderse con el pastor Manders, y me parece que yo tengo tanto derecho al dinero como... ese cojo de carpintero.

ELENA.—No deseo otra cosa, Regina.

REGINA. (*Mirándola friamente.*)—Bien hubiera podido la señora educarme como á la hija de un hombre de condición; eso hubiese sido más conveniente. (*Encogiéndose de hombros.*) ¡Bah!... ¡Me tiene sin cuidado! (*Mirando de soslayo, con amargura, la botella cerrada.*) Después de todo, yo podría beber Champaña con personas de alto copete.

ELENA.—Si alguna vez necesitas un hogar, ven á mi casa, Regina.

REGINA.—No; se lo agradezco, señora. El pastor Manders me tomará á su cargo. Y si debiese acabar mal, sé un sitio donde estaré como en mi casa.

ELENA.—¿Dónde?

REGINA.—En el asilo del gentilhombré Alving.

ELENA.—Ya veo, Regina, que corres á tu perdición...

REGINA.—¡Bah! Adiós.

(*Saluda y vase por la puerta del vestíbulo.*)

ÓSWALDO. (*Mirando por la ventana.*)—¿Se ha marchado?

ELENA.—Sí.

ÓSWALDO. (*Entre dientes.*)—Tanto peor.

ELENA. (*Detrás de él, y poniéndole las manos sobre los hombros.*)—Oswaldó, querido hijo, ¿te has afectado mucho?

ÓSWALDO. (*Volviendo la cabeza hacia ella.*)—¿Por qué? ¿Por lo que se refiere á padre?

ELENA.—Sí; á tu desgraciado padre. Temo tanto que la impresión haya sido demasiado fuerte para ti...

ÓSWALDO.—¿Qué te induce á creerlo? Naturalmente, todo esto me ha sorprendido de una manera extraordinaria, pero en el fondo me es igual.

ELENA. (*Retirando las manos.*)—¿Igual? ¿Que tu padre haya sido tan profundamente desgraciado?

ÓSWALDO.—Puedo compadecerle como á cualquier otro, pero...

ELENA.—¿Nada más? ¡Por tu propio padre!

ÓSWALDO. (*Con impaciencia.*)—Mi padre... mi padre. ¿He conocido yo por ventura á mi padre? ¡No tengo ningún recuerdo de él, como no sea que un día me hizo vomitar!

ELENA.—¡Es horrible pensarlo! A pesar de todo, un hijo, ¿no debe amar á su padre?

ÓSWALDO.—¿Cuando ese padre no

tiene ningún título á su gratitud? ¿Cuando el hijo no lo ha conocido nunca? Y tú, tan ilustrada en todo lo demás, ¿tendrías realmente esa añeja preocupación?

ELENA.—¡No sería, pues, más que una preocupación...!

OSWALDO.—Sí, puedes afirmarlo, madre. Es una de esas ideas corrientes que el mundo admite sin examen y...

ELENA. (*Sobrecogida.*)—¡Aparecidos!

OSWALDO. (*Atravesando la escena.*)—Sí, así puedes llamarlas.

ELENA. (*Con transporte.*) ¡Oswaldo...! ¿Entonces tampoco á mí me quieres?

OSWALDO.—A ti, por lo menos, te conozco.

ELENA.—Me conoces; pero... ¿nada más?

OSWALDO.—Y sé lo que me quieres; por fuerza he de estarte agradecido. Además, puedes serme tan útil ahora que estoy enfermo...

ELENA.—¿Verdad, Oswaldo? ¡Oh! Poco me falta para bendecir la enfermedad que te ha traído á mi lado. Porque bien se ve que no te poseo; es menester que te conquiste.

OSWALDO. (*Con impaciencia.*)—Sí, sí, sí, todo eso son maneras de hablar. Es preciso que te acuerdes de que soy un enfermo, y no puedo ocuparme de otros; bastante tengo con pensar en mi mismo.

ELENA. (*Con dulzura.*)—Yo tendré paciencia.

OSWALDO.—¡Y alegría, madre!

ELENA.—Sí, hijo mío, tienes razón. ¡He logrado al fin librarte de esos remordimientos y preocupaciones que te consumían?

OSWALDO.—Sí, lo has logrado. Pero ahora, ¿quién me librará de la angustia?

ELENA.—¿De la angustia?

OSWALDO. (*Atravesando la escena.*)—Regina lo hubiera conseguido con una buena palabra.

ELENA.—¿Por qué hablas de angustia y de Regina?

OSWALDO.—¿Va muy avanzada la noche, madre?

ELENA.—Va á amanecer. (*Mira por una ventana del invernadero.*) Ya tiñe el alba los montes. ¡Y hará buen día, Oswaldo! Dentro de un momento podrás ver el sol.

OSWALDO.—Me alegro. Hay tantas cosas que pueden alegrarme é invitar-me á vivir...

ELENA.—¡Ya lo creo!

OSWALDO.—Aunque no pueda trabajar...

ELENA.—¡Oh! No has de tardar en poder hacerlo, puesto que ya no tienes esos pensamientos enervadores que te consumían y á que andabas dando vueltas á todas horas.

OSWALDO.—Es una gran suerte que hayas disipado todas esas pesadillas. Y ahora que he podido salvar este paso... (*Sentándose en el sofá.*) hablemos, madre.

ELENA.—Sí, eso es.

(*Acerca una butaca al sofá y se sienta muy cerca de su hijo.*)

OSWALDO.—Ya ves: sale el sol, y lo sabes todo, y se fué la angustia.

ELENA.—¿Que lo sé todo? ¿Qué quieres decir?

OSWALDO. (*Sin escucharla.*)—Madre, ¿no has dicho que no hay nada en el mundo que tú no hicieses por mí, si yo te lo rogase?

ELENA.—Sí, es verdad.

OSWALDO.—¿Y sigues diciéndolo?

ELENA.—Puedes estar seguro, querido mío, mi único hijo. ¿Vivo yo para otra cosa que para ti?

OSWALDO.—Sí, sí. Entonces óyeme. Madre, tú tienes el alma bien templada; lo sé yo. Pues bueno, es preciso que me escuches con calma y sin interrumpirme...

ELENA.—Veamos. ¿Qué cosas son esas tan terribles?

OSWALDO.—Es que no has de alborotarte. ¿Me lo prometes? Vamos á hablar aquí muy tranquilos. ¿Me lo prometes, madre?

ELENA.—Sí, sí, te lo prometo. ¡Pero habla!

OSWALDO.—Bien. Pues has de saber que esta fatiga... y esta situación en que se me hace insoportable la idea del trabajo, todo eso no es la misma enfermedad.

ELENA.—¿Y esa enfermedad...?

OSWALDO.—Esa enfermedad que me ha cabido en herencia está... (*Poniendo el dedo en la frente y bajando mucho la voz.*) está aquí dentro.

ELENA. (*Casi afónica.*)—¡Oswaldo...! ¡No... no!

OSWALDO.—¡No grites! No puedo soportarlo. Sí, sábelo: está aquí en acecho. Puede estallar cuando menos se piense.

ELENA.—¡Ah, eso es espantoso!...

OSWALDO.—Pero ten calma. He ahí cómo me encuentro...

ELENA. (*Dando una sacudida.*)—¡Todo eso es falso, Oswaldo! ¡Es imposible! ¡No puede ser!

OSWALDO.—Allá tuve un acceso. Pasó pronto; pero me perseguía y enloquecía la angustia, y corrí aquí, junto á ti, lo antes que pude.

ELENA.—¡De modo que esa es la angustia!...

OSWALDO.—Sí, es un horror indecible, como comprendes. ¡Ah! ¡Si no se tratase más que de una enfermedad mortal común! Porque yo no tengo tanto miedo de morir... á pesar de que desearía vivir todo lo más posible.

ELENA.—¡Sí, sí, Oswaldo, y así será!

OSWALDO.—¡Pero en esto hay algo tan horrible!... Volver, por decirlo así, al estado de la primera infancia... necesitar uno que lo alimenten, necesitar... ¡Ah!... ¡No hay palabras con que expresar lo que sufro!

ELENA.—El niño cuenta con su madre para cuidarlo.

OSWALDO. (*Saltando de su sitio.*)—¡No, jamás! ¡Eso es precisamente lo que no quiero! No puedo hacerme á la idea de permanecer en este estado años y años quizá... de envejecer, de encañecer así. Y entre tanto podrías morirte tú y dejarme solo. (*Se sienta en la butaca de su madre.*) Porque el médico ha dicho que esto no concluye necesariamente con una muerte inmediata. Supone que es una especie de reblandecimiento del cerebro ó algo así. (*Con forzada sonrisa.*) Me parece que la expresión suena armoniosamente. Yo me doy á pensar de continuo en telas de terciopelo de seda, de un matiz cere-

za... alguna cosa así muy suave al tacto.

ELENA.—¡Oswaldo!

OSWALDO. (*Levantándose de un salto y atravesando la escena.*)—¡Y me has quitado á Regina! ¡Que no esté aquí! Ella es quien hubiese venido en mi ayuda.

ELENA. (*Acercándose á él.*)—¿Qué quieres decir, alma mía? ¿Hay alguna ayuda que yo no esté dispuesta á ofrecerte?

OSWALDO.—Cuando recobré los sentidos, después del acceso, el médico me dijo que, si se repetía—y se repetirá—no habría ya esperanza.

ELENA.—¡Y tuvo el valor de decirte eso!

OSWALDO.—Le obligué yo. Le dije que estaba dispuesto á tomar... (*Con una sonrisa siniestra.*) Y era cierto. (*Saca una cajita del bolsillo interior de la cazadora.*) ¿Ves esto, madre?

ELENA.—¿Qué es?

OSWALDO.—Polvos de morfina.

ELENA. (*Mirándolo espantada.*)—¡Oswaldo... hijo mío!

OSWALDO.—He conseguido reunir doce papeles.

ELENA. (*Tratando de coger la caja.*)—¡Dame esa caja, Oswaldo!

OSWALDO.—Todavía no, madre.

(*Vuelve á guardarla en el bolsillo.*)

ELENA.—Yo no sobrevivo á este golpe.

OSWALDO.—¡No se ha de poder sobrevivir! Si yo tuviese aquí á Regina le participaría mi resolución... y reclamaría de ella este último auxilio.

Estoy seguro de que no me negaría su ayuda.

ELENA.—¡Jamás!

OSWALDO.—Si me diese el ataque en su presencia, y me viese tendido, más débil que un niño, impotente, miserable, sin esperanza... sin salvación posible...

ELENA.—Regina no hubiese consentido jamás...

OSWALDO.—Regina no hubiese vacilado mucho. ¡Era tan hermosamente blanda de corazón!... Y pronto se hubiese cansado de cuidar á un enfermo así.

ELENA.—Pues entonces ¡bendito sea Dios por haberse ido Regina!

OSWALDO.—Sí, madre; de manera que á ti te toca ahora socorrerme.

ELENA. (*Profiriendo un grito.*)—¿A mí?

OSWALDO.—¿Y quién sino tú?

ELENA.—¡Yo, tu madre!

OSWALDO.—Justamente.

ELENA.—¡Yo que te he dado la vida!

OSWALDO.—No te la pedi. ¿Y qué clase de vida me has dado? ¡No la quiero! ¡Vuélvetela á llevar!

ELENA.—¡Socorro! ¡Socorro!

(*Huye al vestibulo.*)

OSWALDO. (*Corriendo tras ella.*)—¡No me dejes! ¿Dónde vas?

ELENA. (*En el vestibulo.*)—A llamar al médico, Oswaldo. ¡Déjame salir!

OSWALDO. (*Alcanzándola.*)—Ni saldrás tú, ni entrará aquí nadie.

(*Echa la llave.*)

ELENA. (*Volviendo.*)—¡Oswaldo, Oswaldo!... ¡Hijo mío!

OSWALDO. (*Siguiéndola.*)—¿Y tienes corazón de madre tú... tú que puedes verme sufrir esta angustia sin nombre?

ELENA. (*Con voz contenida, después de una pausa.*)—Aquí tienes mi mano.

OSWALDO.—¿Consientes...?

ELENA.—Si llega á ser preciso. Pero no, no sucederá. ¡Eso no es posible nunca, nunca!

OSWALDO.—Deseémoslo. Y vivamos juntos mientras podamos. Gracias, madre.

(*Se sienta en la butaca que Elena acercó al sofá. Amanece; la lámpara sigue encendida encima del velador.*)

ELENA. (*Aproximándose con dulzura.*)—¿Te sientes tranquilo ahora?

OSWALDO.—Sí.

ELENA. (*Inclinada hacia él.*)—No era más que un sueño terrible de tu imaginación, cosa de pura fantasía. Todas estas sacudidas te han quebrantado. Ahora es menester que descanses, aquí, en casa de tu madre, ¡cariño mío! Todo lo que desees lo tendrás, como cuando eras pequeñito... ¿Ves? ha pasado el acceso. ¡Ah! bien lo sabía yo... ¡Y mira qué hermoso día tenemos, qué sol tan brillante! Ya verás cómo vas á ser otro aquí, en tu casita.

(*Se acerca al velador y apaga la lámpara. Sale el sol. Las montañas y la llanura resplandecen en el fondo del paisaje con la luz de la mañana.*)

OSWALDO. (*Inmóvil en su butaca, de espaldas al foro; de repente pronuncia estas palabras.*)—Madre, dame el sol.

ELENA. (*Cerca de la mesa, mirándolo espantada.*)—¿Qué dices?

OSWALDO. (*Con voz sorda y débil.*)—¡El sol!... ¡El sol!...

ELENA.—(*Acercándose á él.*)—¿Qué tienes Oswaldo?

(*Oswaldo parece desvanecerse; se distinguen todos sus músculos; el semblante pierde toda expresión; los ojos se apagan y miran con fijeza.*)

ELENA. (*Temblando de terror.*)—¿Qué es esto? (*Gritando.*) ¡Oswaldo! ¿qué tienes? (*Se arroja delante de él y lo sacude.*) ¡Oswaldo! ¡Oswaldo! ¡Mirame! ¿No me conoces?

OSWALDO. (*Con la misma voz desmayada.*)—¡El sol!... ¡El sol!...

ELENA. (*Levantándose de un salto, desesperada, llevándose las manos al pelo y gritando.*)—¡No puedo! (*En voz baja y rápida.*) ¡No puedo...! ¡Jamás! (*Súbitamente.*) Pero ¿dónde están? (*Registra precipitadamente el bolsillo de Oswaldo.*) ¡Aquí! (*Retrocede algunos pasos y exclama.*) ¡No, no, no!... ¡Sí!... ¡No, no!

(*Permanece á algunos pasos de su hijo, con las manos crispadas en el pelo, y mirándolo fijamente, muda de terror.*)

OSWALDO. (*Siempre inmóvil en la butaca.*)—El sol .. El sol...

ENRIQUE IBSEN.